

# T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

---

Tomo XVI

Enero-Abril 1961

NÚMERO 1

---

ESQUEMA GENERACIONAL  
DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS \*  
(ENSAYO DE UN METODO)

UN VIEJO PROBLEMA Y UNA NUEVA SOLUCION

Al proceder al estudio de las letras hispanoamericanas se presenta inmediatamente el problema de cómo ordenar la ingente masa de materia literaria que se nos ha ido acumulando en más de cuatro siglos de constante creación. Y no es que hayan faltado soluciones. Precisamente la abundancia y variedad de las soluciones es lo que nos lleva a replantear el problema, y nos obliga a comenzar examinando las mejor conocidas, por si alguna supera a las demás como instrumento para ordenar y penetrar en la realidad sin deformarla o falsearla.

Los historiadores del siglo pasado, influídos por la visión de una América que acababa de fragmentarse en numerosas

---

\* En los meses de julio y agosto del presente año dicté en la Universidad de los Andes y en el Instituto Caro y Cuervo un curso de conferencias sobre el teatro hispanoamericano. En ellas propuse el esquema generacional que ahora extiendo a los demás géneros. Al redactar estas páginas sobre los apuntes taquigráficos tomados en aquella ocasión, le ha quedado al estilo mucho del sabor de lo hablado. Léase, pues, como fijación en letra de molde de lo que fue comunicación verbal.

repúblicas independientes, optaron por emplear un criterio político. Estudiaron nuestras letras como si se tratara de una serie de yuxtapuestos movimientos nacionales, cada uno netamente confinado por las fronteras que con patente arbitrariedad nos trazó el interés personal o la miopía colectiva de los viejos caudillos. Ese método, ajeno por completo a las necesidades propias de la literatura, produjo una confusa imagen. Lo que es un proceso de insoslayable unidad aparecía como un desordenado rompecabezas. Tuvo, pues, que ser arrumbado por todo lo que tiene de ineficaz y de engañoso.

Convencidos de que se trata de un proceso de dimensiones continentales en el espacio y de hondura multiseccular en el tiempo, hoy todos estamos de acuerdo en que la solución hay que buscarla mediante una adecuada ordenación cronológica. Ahora bien, al tratar de hallar las unidades para tal ordenación, se han propuesto tantos esquemas que hemos ido a parar a un nuevo estado de confusión. Esta vez la causa ha sido la diversidad de fechas y la abundancia de rótulos, unas y otros a menudo incongruentes y no pocas veces contradictorios. Bastará con que examinemos algunos de los esfuerzos historiográficos más loables aparecidos desde 1940 hasta el presente, para que nos demos cabal cuenta de la situación.

Julio A. Leguizamón, por ejemplo, divide su *Historia de la literatura hispanoamericana* (Buenos Aires, 1945), en las siguientes cuatro etapas: 1. Las letras coloniales; 2. La época de la revolución; 3. El romanticismo; 4. Modernismo y época contemporánea. En la necesidad de subdividir estas vastas etapas, abandona luego el sistema cronológico y establece zonas que representan características regionales o que tienden a coincidir, de manera más o menos vaga, con los géneros literarios. Sirva de ejemplo la subdivisión de la primera etapa, la de las letras coloniales, que es la siguiente: Los cronistas e historiadores de las Indias Occidentales, Itinerario y perfil de la poesía narrativa, Clasicismo y barroco en la lírica, La poesía dramática y la prosa.

Luis Alberto Sánchez ofrece en la más reciente de las revisiones de su continuado esfuerzo historiográfico, a la que titula *Nueva historia de la literatura americana* (Buenos Aires, 1944), un sistema esencialmente parecido al de Lequizamón. Aunque lo supera en el número de divisiones cronológicas y acierta a titularlas con mayor brillantez, los límites de éstas siguen siendo vagos, y al subdividirlas emplea criterios en los que vuelve a aparecer el interés temático. No obstante, el avance sobre el esquema anterior es notable. Su visión de la gran etapa inicial se afina considerablemente al separar en ella una primera parte, en la que estudia la literatura aborigen (cap. II); una segunda parte, que abarca desde el descubrimiento hasta las postrimerías del Barroco (caps. III a IV), y una tercera parte, donde examina los cambios ideológicos del siglo XVIII (caps. VII y VIII). Con esta división dejó demostrado que tenía plena conciencia de que los siglos coloniales no fueron un monótono deslizamiento del tiempo, de desesperante igualdad, sino que existieron por lo menos dos períodos netamente diferenciables. Todo eso puede observarse en el índice de materias, que es el siguiente:

- Primera parte: I. Generalidades. — II. La literatura aborigen.  
 Segunda parte: III. Descubridores, conquistadores y cronistas. — IV. Aires de epopeya. — V. La literatura conventual y jurídica. — VI. La expresión barroca.  
 Tercera parte: VII. El encuentro de la geografía. — VIII. Los voceros de la independencia política.  
 Cuarta parte: IX. Hacia el romanticismo. — X. Predominio romántico. — XI. Predominio del realismo. — XII. El modernismo y sus profetas. — XIII. Ambito del modernismo. — Apéndice: Ojeada sobre las tendencias literarias de la postguerra.

Pedro Henríquez Ureña ha sido el primer historiador de importancia en encarar el problema desde un punto de vista estrictamente cronológico en las ocho conferencias que dictó en Harvard en el curso escolar de 1940 a 1941. Esas conferencias, que han visto la luz, en su versión española, con el título de *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México, 1949), constituyen un verdadero hito en la

historiografía de nuestras letras. En ellas reunió y analizó la materia con erudición y claridad expositiva hasta hoy inigualadas. Y todo eso lo llevó a cabo siguiendo un riguroso esquema cronológico de inusitada precisión. Después de una conferencia inicial — en la que establece la perspectiva que el público necesitaba, y que corresponde al capítulo 1 — dedica las siete conferencias restantes a cada una de las etapas en que ordena el proceso de nuestras letras. Son las siguientes:

- II. La creación de una sociedad nueva (1492-1600).
- III. El florecimiento del mundo colonial (1600-1800).
- IV. La declaración de la independencia intelectual (1800-1830).
- V. Romanticismo y anarquía (1830-1860).
- VI. El período de organización (1860-1890).
- VII. Literatura pura (1890-1920).
- VIII. Problemas de hoy (1920-1940).

El notable progreso de este esquema sobre los anteriores es patente. Es cierto que la época colonial sigue dividida en sólo dos secciones, pero los confines dejan de ser borrosos. Nítidamente separada en siglos, la primera sección corresponde al siglo xvi; la segunda, a los siglos xvii y xviii. Pero en donde la innovación cobra decidida importancia es al ordenar el contenido de los siglos xix y xx. Como podrá comprobar el lector, los divide rigurosamente en períodos de 30 años: 1800 a 1830, 1830 a 1860, 1860 a 1890, 1890 a 1920, y 1920 hasta el momento en que dictó las conferencias, es decir, 1940. Lo que hace allí Henríquez Ureña es aplicar, sin declararlo explícitamente, el método generacional.

La lección no cayó en el vacío. Enrique Anderson Imbert escoge la estricta división cronológica, aunque variando las fechas y duración de los períodos, para ordenar los capítulos de su *Historia de la literatura hispanoamericana* (primera edición, México, 1954; segunda, revisada y aumentada, México, 1957). Como su sistema fue modificado de la primera a la segunda edición, consignemos el de esta última. Es el siguiente:

*Primera parte: la Colonia.*

- I. 1492-1556 (Nacidos de 1451 a 1530).
- II. 1556-1598 (Nacidos de 1530 a 1570).
- III. 1598-1701 (Nacidos de 1570 a 1675).
- IV. 1701-1759 (Nacidos de 1675 a 1735).
- V. 1759-1788 (Nacidos de 1735 a 1760).
- VI. 1789-1808 (Nacidos de 1760 a 1780).

*Segunda parte: cien años de república.*

- VII. 1808-1824 (Nacidos de 1780 a 1800).
- VIII. 1825-1860 (Nacidos de 1800 a 1835).
- IX. 1860-1880 (Nacidos de 1835 a 1855).
- X. 1880-1895 (Nacidos de 1845 a 1870).
- XI. 1895-1910 (Nacidos de 1870 a 1885).

*Tercera parte: época contemporánea.*

- XII. 1910-1920 (Nacidos de 1885 a 1895).
- XIII. 1920-1930 (Nacidos de 1895 a 1905).
- XIV. 1930-1940 (Nacidos de 1905 a 1915).
- XV. 1940-1950 (Nacidos de 1915 a 1925).
- Apéndice:* 1950-1957 (Nacidos desde 1925).

Como puede observar el lector, Anderson Imbert adopta los procedimientos del método generacional. Abandona, empero, buscando mayor flexibilidad, lo que Henríquez Ureña sabía muy bien: que una generación abarca una zona de fechas de unos 30 años, y que su valor como medida historiográfica se desvirtúa al reducir el esquema a una serie de zonas de variable magnitud, cada una de las cuales puede comprimirse o expandirse considerablemente a gusto del historiador. Así, en la época colonial Anderson Imbert acota seis períodos de 64, 42, 103, 58, 29 y 19 años respectivamente; en cambio, en la época contemporánea los reduce a décadas. Esta variable periodización, no obstante sus otros méritos, deja de ser un verdadero esquema generacional.

Soslayando la necesidad de definir lo que es una generación y de situar a cada una de ellas dentro de una precisa sucesión cronológica, en los últimos años han aparecido nu-

merosos trabajos sobre generaciones aisladas. Todos ellos parten, desde luego, del postulado implícito de que existe un esquema previo en el cual cada una de esas generaciones ha de ir a ocupar un lugar determinado. Pero, en tanto que el esquema sigue sin definirse, las generaciones proliferan sin orden ni concierto. Para dar sólo un ejemplo, en Cuba — mi patria chica — la invención de generaciones ha tomado visos de deporte nacional: los literatos hablan de sus generaciones, los pintores de las suyas, y hasta los políticos las inventan como si se tratase de electores para su partido. Y como en Cuba — y en el resto de América — todos tenemos de políticos, eso simplemente quiere decir que ya somos muchos los que andamos fabricando generaciones. En libros y artículos cubanos he visto mencionar la generación de 1902, de 1906, de 1910, de 1914, de 1917, de 1927, y más recientemente, las del 30, del 36, del 40, y así sucesivamente, según el año de nacimiento o el evento que a cada uno le interese destacar. Algunas personas sensatas, ya desconcertadas del todo, se preguntan si las generaciones aparecen de año en año, o de mes en mes, o quizá de día en día...

Por otra parte, Cuba ha dado también en José Antonio Portuondo al crítico hispanoamericano que más y mejor ha teorizado sobre el método generacional. Desde su brillante artículo *Períodos y generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana*, publicado en 1948, hasta los más recientes que recoge en su libro *La historia y las generaciones* (Santiago de Cuba, 1958), ha ido haciendo una serie de fundamentales esclarecimientos sobre la teoría de las generaciones. Es al llevar Portuondo los postulados teóricos a la práctica cuando de nuevo surgen las dificultades. En el mencionado artículo ofrece una solución todavía bastante ceñida a las fechas indicadas por Henríquez Ureña. Es la siguiente:

- I. El Descubrimiento y la Conquista (1492-1600).
- II. El Barroco colonial (1600-1700).
- III. Neoclasicismo y sátira (1700-1800).
- IV. El patriciado pre-romántico (1800-1830).
- V. Romanticismo (1830-1860).

- VI. Criollismo (1860-1888).
- VII. Modernismo y naturalismo (1888-1916).
- VIII. Proletarismo y purismo (1916-19...)

Ahora bien, al reimprimir dicho artículo en el libro de 1958, agrega una nota con importantes rectificaciones. Dice la nota:

Con posterioridad a la primera aparición del presente ensayo continuamos nuestras investigaciones periodológicas, deseosos de arribar a una determinación más precisa de las generaciones literarias hispanoamericanas, basados siempre en los lineamientos teóricos antes enunciados. Así llegamos a una división provisional, simple hipótesis de trabajo, sujeta, como tal, a toda clase de rectificaciones, en la forma siguiente:

*Generaciones literarias hispanoamericanas.*

- I. 1492-1519: Descubrimiento: Colón, Pedro Mártir, etc.
- II. 1520-1553: Conquista del Continente, Cortés, Las Casas, etc.
- III. 1554-1579: épica de la Conquista: Ercilla, etc.
- IV. 1580-1608: épica de la Conquista: Imitadores de Ercilla, Oña, etc.
- V. 1609-1639: rectificaciones históricas: El Inca Garcilaso, Bernal Díaz.
- VI. 1640-1669: Barroco: El Lunarejo, Sigüenza y Góngora, etc.
- VII. 1670-1699: Barroco: Sor Juana Inés de la Cruz, etc.
- VIII. 1700-1729: academias.
- IX. 1730-1759: academias.
- X. 1760-1789: periodismo.
- XI. 1790-1822: Independencia: el patriciado pre-romántico.
- XII. 1823-1844: primera generación romántica.
- XIII. 1845-1879: romanticismo y criollismo.
- XIV. 1880-1909: modernismo y naturalismo.
- XV. 1910-1939: populismo y purismo.
- XVI. 1940- : formalismo...

Vistas la explícita declaración de provisionalidad del esquema de Portuondo, y la extrema confusión a que nos llevaría establecer una tabla comparativa entre estas fechas y las demás que hemos citado, el mejor camino es volver a donde Henríquez Ureña dejó la cuestión y desde allí partir en una nueva dirección.

Para mí es evidente que el origen de tanta confusión se debe a que en todos estos trabajos la época colonial, es decir, aquella en que hay que buscar el punto de arranque de las generaciones, no ha sido adecuadamente explorada. Como es fácil advertir, primero se la dividió meramente en siglos, agregando al siglo xvi los últimos años del siglo xv — acaso por no saber qué hacer con ellos. Y luego, anhelando ya una periodización de malla más fina, se procedió a dividir esos siglos en períodos menores de impar duración. Nótese, empero, que en todos los casos se toma el año 1492 como punto de partida. Y ahí está, a mi parecer, el error. *Las generaciones no parten de 1492: la historia sí, pero las generaciones no.* Sería puro dislate perder de vista que con el viaje de Colón América entra en la historia de Occidente. Pero ese evento, a pesar de la capital importancia que tiene en nuestra cultura, ni comienza ni termina una generación. Al contrario: ocurre inopinadamente hacia mediados de la generación batalladora y aventurera que desde años atrás preparaba la unificación política de España y veía a Portugal buscar nuevos caminos por todos los mares y nuevos emporios por todos los confines del globo. Esa es la generación de Isabel la Católica (1451-1504) y del propio Colón (1451-1506). En 1492 esa generación no inicia su gestión, ni la da por acabada, sino que la ve culminar con la rendición de Granada y el inesperado éxito de las carabelas descubridoras. Los años de predominio de esa generación comienzan realmente en 1474. En dicho año se celebra la boda de Fernando e Isabel, principia el reinado de los Reyes Católicos, se verifica la unión de Castilla y Aragón, y empieza la etapa más enérgica y decisiva que ha tenido el Estado español. Y el predominio de la generación termina treinta años después, precisamente con el fin de dicho reinado en 1504. La historia lo comprueba con datos que no pueden ser más claros ni precisos. En ese año de 1504 — 26 de noviembre — muere la soberana de Castilla. Apenas unos días antes — 7 de noviembre de 1504 — regresa Colón, vencido por la fatiga y los desengaños, de su

cuarto y último viaje de exploración. Tenemos, pues, que los dos personajes estelares de esta generación, nacidos en un mismo año, entraron en su ocaso en un mismo año también. Por otra parte, en 1504 se publica la carta de Vespucci en la cual aparece el concepto de que las tierras vistas por el Almirante no eran parte de Asia, sino de un continente enteramente nuevo. La publicación de esa carta constituye el verdadero descubrimiento intelectual de América. La generación que sube al escenario de la historia justamente en 1504 es, pues, la primera que tiene, desde el principio de su actuación, una idea precisa de la realidad del Nuevo Mundo. Y es la que lleva a efecto, en el proceso mismo de esa actuación, su conquista. A ella pertenecen Pizarro y Almagro, Las Casas y Oviedo, y, en el centro de la brillante constelación de conquistadores, el más destacado de todos ellos, Hernán Cortés, quien llega a las Indias — sin que el dato ya nos sorprenda — justamente en 1504. Son los hombres de esta generación, por tanto, quienes impusieron en el Nuevo Mundo, junto con un nuevo concepto de la historia, el ritmo generacional que de su tierra consigo trajeron. Y esa generación comenzó a actuar en América, como acabamos de ver, en un año preciso: el de 1504.

Hecha esta fundamental rectificación, lo demás es ya miel sobre hojuelas. Bastará con que, partiendo de esa fecha, caractericemos las generaciones de acuerdo con el siguiente esquema:

Generación	Nombre de la generación	Zona de fechas de nacimiento	Período de predominio	Grupo caracterizador
I.	Gen. de 1474	1444 - 1474	1474 - 1504	Descubridores
II.	Gen. de 1504	1474 - 1504	1504 - 1534	Conquistadores
III.	Gen. de 1534	1504 - 1534	1534 - 1564	Fundadores
IV.	Gen. de 1564	1534 - 1564	1564 - 1594	Primeros criollos
V.	Gen. de 1594	1564 - 1594	1594 - 1624	Iniciadores del Barroco
VI.	Gen. de 1624	1594 - 1624	1624 - 1654	Continuadores del Barroco

Generación	Nombre de la generación	Zona de fechas de nacimiento	Período de predominio	Grupo caracterizador
VII.	Gen. de 1654	1624 - 1654	1654 - 1684	Continuadores del Barroco
VIII.	Gen. de 1684	1654 - 1684	1684 - 1714	Continuadores del Barroco
IX.	Gen. de 1714	1684 - 1714	1714 - 1744	Continuadores del Barroco (Rococó)
X.	Gen. de 1744	1714 - 1744	1744 - 1774	Enciclopedistas
XI.	Gen. de 1774	1744 - 1774	1774 - 1804	Precursores
XII.	Gen. de 1804	1774 - 1804	1804 - 1834	Libertadores
XIII.	Gen. de 1834	1804 - 1834	1834 - 1864	Románticos
XIV.	Gen. de 1864	1834 - 1864	1864 - 1894	2ª Gen. romántica (Transición al modernismo)
XV.	Gen. de 1894	1864 - 1894	1894 - 1924	Modernistas y posmodernistas
XVI.	Gen. de 1924	1894 - 1924	1924 - 1954	Vanguardistas y posvanguardistas
XVII.	Gen. de 1954	1924 - 1954	1954 - 1984	Reformistas

Si el esquema que ahora propongo es válido, deberá revelarnos las verdaderas etapas del proceso de nuestras letras, y más aún, el exacto latido de la cultura en que éstas se sustentan. Veamos, pues, si de veras nos sirve para imponer orden a lo que era un caos de fechas. Y si nos sirve también para captar sorprendentes matices que antes pasaban inadvertidos en la penumbra de una borrosa cronología. Comencemos por la generación de 1474.

#### LA GENERACION DE 1474

En España, porque al frente de esta generación marcha la reina Isabel, debe de llamársela isabelina. En América, porque quienes vinculan nuestro mundo a la historia de Europa son Colón y sus compañeros, pudiéramos llamarla la generación colombina o de los descubridores. Esta genera-

ción, desde luego, no es todavía americana. Es más, aunque parezca paradójico, ni siquiera descubrió realmente a América. Empeñada en hallar una ruta a las Indias, miró con pupila europea a lo que creyó ser una realidad asiática. Esa mirada rindió una imagen confusa y extraña. El caso más patético es el del propio Colón. Al llegar a Cuba — su soñada Cathay — envía a tierra, para que den noticias de su arribo al Gran Khan, a dos marineros que hablaban árabe y hebreo. Resultó una cómica Torre de Babel. De nada sirvió que cuando el Almirante repetía su insistente estribillo “Gran Khan, Gran Khan”, los indios, apuntando al oeste, sonriendo le corrigiesen: “Cubanacán, Cubanacán”. Los sonidos que para éstos evocaban la imagen de una provincia central de Cuba, a Colón lo estremecían con la visión deleitosa de un potentado oriental rodeado de fabulosas riquezas. El Almirante les enseña un pedazo de oro y dice: “Cipango, Cipango”, y los indios, apuntando ahora al este, le corrigen de nuevo: “Cibao, Cibao”. En mundos idiomática y culturalmente tan distantes, lo que para Colón era el Japón, para los antillanos era una región de Haití, en donde, para desgracia de ellos y de Colón mismo, sí se encontraron minas de oro.

A esa luz Colón escribe su diario y sus cartas, esperando a cada instante hallar las riquezas que existían únicamente en su imaginación. El eufórico marino teje el relato de su viaje cruzando los hilos de la realidad con los del ensueño. En su prosa funde el pormenor comercial con el rasgo poético. Puebla aquellas tierras de imágenes y mitos. Pero ve y describe el paisaje. Y ve y describe al hombre. Y narra su hazaña con explicable exageración. Instala así en las letras americanas, sin darse cuenta, dos temas y una actitud que luego se han hecho constantes: el paisaje, el hombre y la hipérbole.

Junto con Colón vienen otros. Juan de la Cosa, el gran piloto y cartógrafo, le acompaña en sus dos primeros viajes y bosqueja los contornos imprecisos de las tierras que visita. El doctor Diego Alvarez Chanca, médico sevillano, viene en

el segundo viaje, y describe la flora del Nuevo Mundo. Y en ese mismo viaje viene también Román Pané, el fraile jerónimo que recoge, por orden del propio Almirante, las escasas noticias que nos quedan de los mitos de los antillanos. Los tres, como se ve, simplemente elaboraban los temas iniciados por el Almirante.

Fuera de esto, con la idea obsesiva de fundar prósperas factorías, esta generación comienza a echar los cimientos sobre los cuales la próxima llevará a cabo la conquista y transformación del continente. En España, en 1492, Nebrija acaba la primera gramática de un idioma moderno: ésta servirá luego de base para enseñar una lengua común a los pueblos multiparlantes de América. En 1492 termina la Reconquista con la rendición de Granada, y comienzan a aparecer los decretos conminando a moros y judíos a abrazar la religión católica; de allí surge la doble militancia, política y religiosa, con que los conquistadores impondrán su ley y su credo a los conquistados. Continúan, en tanto, las exploraciones de Colón: en 1494 descubre a Puerto Rico y Jamaica; en el tercer viaje (1498-1500), llega a Trinidad y avista las costas de Sur América, y en el cuarto y último (1502-1504), sufre reveses decisivos al tocar en las costas de Centro América.

Por otra parte, en 1500 Isabel declara libres a los indios, con excepción — y la excepción se hizo regla — de los caníbales y los cautivos de guerra. En 1501 se autoriza la importación de negros esclavos. (Los que piensan que Las Casas fue el causante de la venida de esclavos africanos, observen que en este año el buen fraile ni siquiera había llegado a América). En 1503 se establece la Casa de Contratación, se legaliza el trabajo forzado de los indios, y en la ciudad de Santo Domingo, con aires ya de factoría comercial permanente, se construye la Torre del Homenaje. Al año siguiente, como se ha visto, termina dramáticamente el período de dominio de esta generación con la muerte de Isabel y el regreso de Colón de sus últimas y desafortunadas exploraciones. Resumiendo ya, podemos asentar que esta generación,

que llena con su actuación la zona de fechas que va de 1474 a 1504, ni es americana, ni tuvo un claro concepto de América. Su función fue hallar el camino hacia América. Por ese camino entrará en la historia la siguiente generación, a ensanchar los confines del Nuevo Mundo y a transformarlo a imagen y semejanza de su tierra.

#### LA GENERACION DE 1504

Esta es la generación de los conquistadores. Y es la primera que pertenece a la América que ellos mismos crearon con su gesta. Con sólo agrupar sus nombres por las fechas de nacimiento se ilumina vertiginosamente toda esa turbulenta y decisiva etapa de nuestra historia. Contemple el lector la nómina de los principales: fray Bartolomé de las Casas (1474-1566), Diego de Almagro (1475-1538), Francisco Pizarro (1475-1541), Vasco Núñez de Balboa (1475-1517), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), Hernán Cortés (1485-1547), Pedro de Alvarado (?-1541), Sebastián de Benalcázar (1495-1550), Bernal Díaz del Castillo (1496-1584). Estos, y los demás que quedan por ahora en el anonimato, tienen en común una serie de rasgos vitales característicos. Cuando salen de España son un grupo de mozos desconocidos: no tienen ni historia, ni fama, ni hacienda. Todo eso lo ganan acá. Y acá dejan sus hechos, su prole y sus huesos. Cortés es un caso representativo. Los hechos de Cortés transforman lo que era el imperio de los aztecas en lo que desde entonces fue la Nueva España. Los hijos de Cortés — blancos y mestizos — van y vienen de una banda a la otra del Atlántico y participan en una conspiración independentista; aunque se amilanan y pierden, ellos y los demás conjurados sientan el precedente de que ya no son conquistadores, sino criollos con ansias de independencia. Y los huesos de Cortés son el más elocuente símbolo de lo que hizo y quiso. El viejo guerrero va a España, a defender sus intereses agredidos, y allí siente aproximarse el fin de sus días. Pero ya él es de acá, de la tierra que su esfuerzo ganó. Dicta en su testamen-

to que sus despojos mortales se lleven a México. La impaciencia de Cortés es doblemente significativa, pues afecta tanto al decir como al ejecutar. La cuestión del traslado de sus restos es lo primero que dicta. Y éste es el texto:

Primeramente mando que si muriese en estos reinos de España, mi cuerpo sea puesto y depositado en la iglesia de la parroquia donde estuviere situada la casa donde yo falleciere, y que allí esté en depósito hasta que sea tiempo y a mi sucesor le parezca de llevar mis huesos a la Nueva España, lo cual yo le encargo y mando que así haga dentro de diez años, y antes, si fuere posible... <sup>1</sup>.

La doble impaciencia de Cortés da la medida exacta de su transformación. Y lo mismo ocurre con los demás. Esta es, pues, la generación que extrae sus raíces de España y las resiembra en suelo americano. Su quehacer generacional no se limitó a someter imperios indígenas; su obra fue también de traslado, trasiego y trasplante. Y comenzaron por trasplantarse a sí mismos.

Para mayor precisión, en los 30 años de gestión de los conquistadores podemos acotar dos etapas separadas por el año 1519. Los primeros 15 años — de 1504 a 1519 — constituyen la etapa antillana. Los próximos 15 años — de 1519 a 1534 — la etapa continental <sup>2</sup>. Durante la etapa antillana los conquistadores llegan, se aclimatan y aprenden en la Española el oficio de las armas. Usando aquella isla como base de operaciones, de allí se extienden lentamente a Puerto Rico, Cuba y Jamaica, a la vez que siguen explorando las

<sup>1</sup> *Postvera voluntad y testamento de Hernando Cortés, Marqués del Valle*, Introducción y notas por G. R. G. Conway, México, 1940, pág. 17.

<sup>2</sup> Si, como pensaba Ortega y Gasset, las generaciones se miden por zonas de quince años, este esquema revela datos significativos para quienes propugnen la tesis orteguiana. Adopto, empero, la medida de 30 años propuesta por la mayoría de los teóricos porque aclara considerablemente el proceso a la vez que evita en la práctica la excesiva fragmentación. Ahora bien, en las generaciones cercanas a nosotros, con el deseo de llegar a más finas precisiones, distinguiremos dos promociones en cada generación. Esas promociones son algo así como las dos vertientes de una misma ola o, para emplear una metáfora orgánica, como la sístole y la diástole del latir de una cultura. De ahí que los grupos caracterizadores de las últimas generaciones los hayamos designado como modernistas y posmodernistas, vanguardistas y posvanguardistas.

costas del continente. Luego, dominadas ya las Antillas, en los hatos y haciendas que allí tienen, acumulan caballos, vacas y cerdos, y hacen sembrar extensos conucos de yuca y maíz. En otras palabras, alistan fuerzas y pertrechos para el asalto al continente. Por otra parte, allí emparejan sus diferencias dialectales, a la vez que enriquecen el idioma con voces que en las islas aprenden a usar, tales como *canoas*, *hamaca*, *maíz*, *tabaco*, *huracán* y otras que pasan luego a todo el mundo hispánico y de ahí a otros idiomas europeos. En 1519 están listos para emprender la segunda etapa. Y véase lo que sucede en ese año: Cortés desembarca en Veracruz y Espinosa funda en el Pacífico la ciudad de Panamá, es decir, se inicia la conquista del norte del continente y se establece la base de operaciones para el próximo salto — y asalto — a la porción del sur. En tanto, en la Española comienza la rebelión del cacique Enriquillo, que en cierto modo es indicio del debilitamiento que de ahí en adelante sufrirán las Antillas. Y ampliando el campo de observación para abarcar a todo el mundo hispánico, Carlos V es electo emperador; se sublevan los comuneros de Castilla; Magallanes empieza el primer viaje de circunnavegación del globo; aparecen los primeros corsarios ingleses, y Lutero es excomulgado en la dieta de Augsburgo. Y todo eso ocurre, aunque parezca increíble, en sólo un año definidor: el de 1519. A partir de esa fecha las armas españolas, con ímpetu como de aguas que rompen su dique, arrasan toda resistencia y en 15 años dominan el continente desde México hasta el Perú: en 1521 cae Tenochtitlán; en 1523 Alvarado somete a Guatemala; en 1524 Olid conquista a Honduras y Pizarro parte de Panamá rumbo al sur; en 1531 comienza la conquista del imperio de los Incas, y en 1533 su abatida capital, el Cuzco, cae en poder de los españoles. El resto del continente, zonas ya de importancia periférica, caerá después, en consecuencia inevitable de este violento impacto inicial.

En el campo de las letras, ésta es la hora del ver y del contar. Algunos escriben, sobre la misma marcha, la crónica de lo que contemplan las pupilas fiebradas por la acción:

así las *Cartas de relación* de Hernán Cortés al Emperador. Otros comienzan entonces a pergeñar sus relatos, aunque los terminan años después: así la *General y natural historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, acabada ya en 1526 (según afirma el autor en el *Sumario* que de ella hace imprimir en dicho año), y también la *Historia de las Indias*, de Las Casas, comenzada en 1527 (precisamente a raíz de la aparición del compendio de Oviedo), pero terminada después de 1547. Y hay los que esperan los tranquilos años de la vejez para relatar los recuerdos de su ya distante juventud: así la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, terminada en 1568, a los 72 años de edad. Todas estas crónicas tienen una característica en común: son auténticas declaraciones de testigos presenciales. Sus autores dicen lo que vieron e hicieron. Y a veces — porque así es la naturaleza humana — también lo que quisieron que creyésemos que vieron e hicieron. Partes hay de esas crónicas que resultan tanto más novelescas que históricas, y autores que acaban por hacer de sí mismos personajes más fingidos que reales. Oviedo, por ejemplo, se inventó una falsa personalidad que le ha sobrevivido por más de cuatro siglos; sólo recientemente hemos venido a saber quién era de veras el solapado contrincante de Las Casas <sup>3</sup>. Mas fuera cual fuese la interpretación que cada uno nos da de la Conquista, lo cierto es que estos autores la vivieron. Y que la mayor parte de sus crónicas tienen la elocuencia del testimonio directo, el calor, la vivacidad y hasta el deleitoso desorden de las grandes improvisaciones.

Ante el hecho mismo de la Conquista los hombres de esta generación se pronuncian unos a favor y otros en contra. Instalan así otra constante de las letras americanas: la polémica política. Porque de aquellos dos bandos descienden todos los partidos que aquí hemos tenido desde que el Nuevo

<sup>3</sup> La sorpresa que pueda causar esta afirmación me obliga a consignar las fuentes: todo está verificado en la medulosa monografía de JOSÉ DE LA PEÑA Y CÁMARA, *Contribuciones documentales y críticas para una biografía de Gonzalo Fernández de Oviedo*, en *Revista de Indias*, año XVII, núms. 69-70 (julio-diciembre de 1957), págs. 603-705.

Mundo es mundo. Que luego se les haya llamado realistas o patriotas, federales o unitarios, blancos o colorados, y otros muchos nombres más, es sólo cuestión de rótulos. Tengo para mí que esos y todos los demás partidos, con sus alas, sus colores, sus emblemas y sus consignas, quedan reducidos esencialmente a los dos grupos en que nos escindió la Conquista: los que propugnan la dignidad del hombre y los que defienden la explotación del hombre. Y tenga yo razón o no, lo cierto es que al situarse esta generación así dividida ante el problema del indio, ahonda considerablemente uno de los temas iniciados por Colón: el Almirante describió al hombre sobre el paisaje; los escritores de esta generación se preguntan por el lugar del hombre dentro de la sociedad.

La crítica moral de la Conquista cobró resonancias insospechadas. Aunque sea someramente tenemos que señalar los grandes hitos de la trayectoria. La pugna comenzó en la Española en 1510, con el sermón de Montesinos. De allí tomó la antorcha el Padre Las Casas, y militando en el bando opuesto hallamos, desde luego, a Oviedo. La polémica pasa luego de los cronistas de Indias a los teólogos de Salamanca: abogando por la esclavitud del indio, Sepúlveda; en defensa de la dignidad del hombre, Pérez de Oliva y Vitoria. Las lecciones de Vitoria, dictadas en el curso 1538-1539, tienen tal trascendencia que con ellas se inicia, un siglo antes de Grotius, el derecho internacional de los tiempos modernos. Y todo comenzó, repito, por el sermón y la algarada que en una distante isla americana dividió a esta generación. Y también a todas las sucesivas hasta hoy.

Ideológicamente la generación de los conquistadores vive en un extraño ámbito donde las corrientes del Renacimiento no desplazan, sino que se entreveran y mezclan con las de la Edad Media. Porque tan incierto es afirmar que en España no hubo Renacimiento — lo hace cierto erudito alemán — como creer que éste sustituyó en un momento dado todas las ideas medievales. El caso de los cronistas lo demuestra cabalmente. Las Casas y Oviedo, aunque escriben a la luz de las ideas renacentistas, todavía andan mentalmente

por los trillados caminos del Medioevo. En cambio, los cronistas que escriben en España — Fernando Colón y Hernán Pérez de Oliva —, aunque viven en una sociedad de organización profundamente medieval, escriben como declarados renacentistas. Es más: aunque algunos lectores se escandalicen, estoy por decir que a la América la descubrió el Renacimiento italiano y que la conquistó, la explotó — y a la postre la perdió — la Edad Media española. No es mera frase. Las ideas de Toscanelli fueron las que orientaron la empresa de Colón; las observaciones de Vespucci, las que descubrieron la verdadera realidad de nuestro continente. Por lo contrario, el sistema social y económico que los conquistadores implantan en América es francamente feudal. La ordenación jerárquica en estamentos feudales — los nobles, el clero y los vasallos — es la que ellos adoptan y adaptan: se hacen a sí mismos caballeros de una nueva nobleza, manifiestamente militarista y latifundista; dan al clero el correspondiente sitio a su lado, y por vasallos toman a los indios que en su propia tierra pasan a ser peones. Nos legaron así por destino que aquí echara raíz, con el vigor que da la tierra americana, la semilla de un sistema que en Europa estaba al caer, carcomido por el tiempo. Y de ahí, otra vez, que haya que buscar en los inicios mismos de nuestra historia el origen de los problemas económicos, sociales y políticos que hoy exigen impostergable solución. Acallando otros comentarios que no caben en este esbozo, pasemos a la siguiente generación.

#### LA GENERACION DE 1534

La generación que acabamos de caracterizar llevó a efecto el violento choque de dos mundos. La que ahora se inicia llevará a cabo la síntesis de sus dispares culturas. La primera fue una oleada que arrasó con monarcas, imperios, templos, credos, costumbres, todo. Pero no arrancó las raíces. Cuando se serenaron las aguas, todavía estaba allí, aunque totalmente trastornado, el mundo indígena. A esta nueva generación de

fundadores toca ahora ordenar, pacificar, poblar, entender, y, desde luego, escribir. Hasta los antiguos dioses simbólicamente anuncian su deseo de ayudar a la magna síntesis: Tonatzin “Nuestra Madrecita Vieja”, aparece el 9 de diciembre de 1531, para ser de ahí en adelante la Virgen de Guadalupe y cubrir bajo un mismo manto a los mexicanos todos. Lo demás lo harán los hombres, y lo harán en fechas precisas. En 1534, el año delimitador, se funda el virreinato de la Nueva España, o sea, se inicia una nueva etapa política con un nuevo concepto administrativo. En el Perú, terminada la conquista con la ejecución de Atahualpa y la caída del Cuzco, se funda en 1535 la nueva capital española, Lima. Y se fundan otras de nuestras capitales: Quito en 1534, Buenos Aires en 1536, Asunción en 1537, Bogotá en 1538, Charcas o Chuquisaca (hoy Sucre) en 1539, Santiago de Chile en 1541, La Paz en 1549, Caracas en 1562. Y desde 1542 también el Perú pasa a ser virreinato.

En lo cultural ocurre algo semejante. En 1534 el propio virrey Mendoza introduce la imprenta en Nueva España. El 6 de enero de 1536 inaugura el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, primer plantel de cultura superior para nobles indígenas. Y siguen en seguida las universidades: en 1538 se funda en la Española la Universidad de Santo Tomás de Aquino; en 1540, la Universidad de Santiago de la Paz, y en 1551 se crean las universidades de Lima y México, que comienzan a funcionar en 1553.

En lo económico, en 1535 las encomiendas se hacen hereditarias por un determinado número de vidas; en 1543 se adopta el sistema de flotas; en 1546 comienza la explotación de las minas de Potosí y en 1548 se descubren las de Zacatecas. Por otra parte, aumentan en número y virulencia los ataques de los piratas — Jacques de Sores, por ejemplo, saquea e incendia a La Habana en 1555 — y en 1557 sufre España la primera bancarrota nacional al no poder pagar Felipe II ni el capital ni los intereses de los préstamos concertados por la corona.

En lo religioso, coincidiendo exactamente con el principio de la gestión de esta generación, en 1534 se funda en España la Compañía de Jesús. Y el Concilio de Trento, que comienza en 1545, dura hasta 1563, es decir, hasta el fin de la gestión de la presente generación. Esta es, pues, justamente la generación de la Contrarreforma. En América se caracteriza por ser la de mayor actividad misionera. La conversión de los indios se lleva a efecto con tal entusiasmo y en tal proporción que los bautizos se realizan en muchedumbres. Como corolario se inicia la construcción de un nuevo género de iglesias: las capillas abiertas, la primera de las cuales se termina en Tlaxcala en 1539. Florece entonces el teatro misionero. Y en 1545 — coincidiendo con el comienzo del Concilio Tridentino — se crean ya tres arzobispos independientes en el Nuevo Mundo: en Santo Domingo, en México y en Lima.

En fin, dos datos más. Mediante las bulas promulgadas el 2 y el 9 de junio de 1537, el papa Paulo III virtualmente pone fin a la controversia en cuanto a la capacidad de los indígenas para recibir la fe cristiana. Y expresa la esencia de su dictamen en memorable párrafo que traducido dice:

...Teniendo en cuenta que aquellos indios, como verdaderos hombres que son, no solamente son capaces de la fe cristiana, sino que se acercaron a ella con muchísimo deseo [...] con autoridad apostólica por las presentes letras determinamos y declaramos que [...] aun cuando estén fuera de la fe, no están, sin embargo, privados ni hábiles para ser privados de su libertad ni del dominio de sus cosas...<sup>4</sup>.

El otro dato es de carácter puramente simbólico: en 1536 se trasladan de Sevilla a Santo Domingo los restos del Almirante. Y allí están todavía, como convenía al destino de Colón, gracias a uno más de los trascendentales errores que determinaron la trayectoria de su vida, el éxito de su empresa y el definitivo reposo de sus huesos.

<sup>4</sup> Véase JOSÉ MARÍA GALLEGOS ROCAFULL, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, México, 1951, págs. 34-35.

Al pacificar la tierra, afianzar la estructura administrativa, fundar capitales, echar los cimientos de un movimiento intelectual autónomo, explotar en grande los yacimientos minerales, y llevar a cabo la asimilación de los pueblos vencidos, los hombres de esta generación crean, sintetizando lo que traen con lo que encuentran, una sociedad nueva. Esa sociedad ya no es ni el mundo indígena prehispánico, que la anterior trastornó para siempre, ni el mundo español de la Península, que ha quedado geográfica y culturalmente a la otra banda del Atlántico. El hecho y las fechas son de gran trascendencia. Durante esos años, en esa sociedad nueva, nacen los hijos de los pobladores — blancos o mestizos no hace al caso — y también los hijos de los esclavos negros y de los indígenas asimilados. Todos esos niños, conformados por los patrones culturales de la nueva sociedad, serán luego los primeros hombres que verán a América con nueva pupila americana. A éstos, para distinguirlos de los que han de seguir llegando del Viejo Mundo, se les llamará desde entonces criollos. Ya nos ocuparemos de ellos.

En tanto, veamos cómo escribe esta generación de fundadores. Aunque entre ellos sobreviven los viejos que narran, con manifiesto retraso, la conquista militar, la tónica generacional la dan los nuevos cronistas que relatan la conquista espiritual. Casi todos son frailes. Abre la marcha en importancia fray Bernardino de Sahagún (c. 1500-1590). Nacido no sabemos a qué lado de la frontera entre las dos generaciones, se une por su visión y su esfuerzo a la labor de la nueva <sup>5</sup>. Su obra, titulada *Historia general de las cosas de la Nueva España*, acaso sea el más importante aporte a la antropología cultural que se haya hecho en tierras americanas. De ahí que Sahagún el estudioso, nimbado por un halo de cristiana caridad y de rigor científico, deba figurar

<sup>5</sup> Otra precisión, de carácter empírico, que debo hacerle a la teoría, es que los nacidos hacia la fecha divisoria entre dos generaciones a veces cruzan, por su propia determinación, la leve línea que las separa. La explicación es clara. En la procesional marcha de las generaciones hay los que, acelerando ligeramente el paso, se unen al grupo que forman los hombres de la nueva generación. Y hay los que, retrasándolo un tanto, se quedan rezagados entre los de la generación vieja. Ahora bien, esto pueden hacerlo sólo los que marchan a los

entre los grandes héroes civiles que nos han fundado la real, la verdadera, la permanente América del espíritu. Por la misma ruta transita fray Toribio de Benavente (?-1569), quien a sí mismo se llamó Motolinía “el pobrecillo”. Y explica: “éste es el primer vocablo que sé de esta lengua, y, porque no se me olvide, éste será de aquí en adelante mi nombre”. Su obra se titula, significativamente, no la conquista, verdadera o falsa, de la Nueva España, sino *Historia de los indios de la Nueva España*. Y por la misma ruta marchan fray Juan de Betanzos (1510-1576), que compuso la *Suma y narración de los Incas*, y, además, el primer catecismo en idioma quechua; fray Diego de Landa (1524-1579), autor de la *Relación de las cosas de Yucatán*; fray Jerónimo de Mendieta (1525-1604), autor de la *Historia eclesiástica indiana*. Hay otros más. Estos frailes, y sus compañeros de generación, coinciden en prestar mayor atención al hombre que a los conflictos bélicos, en estudiar al indio como un ser social de quien hay que conocer, para entenderlo y asimilarlo, su idioma y su religión, sus hábitos y sus costumbres, su historia y sus mitos, y hasta sus juegos y entretenimientos.

Como consecuencia de esta nueva visión de la historia y del fervor con que llevan adelante su quehacer generacional, los frailes crean el teatro misionero. La creación es, como puede esperarse, obra de síntesis. Descubiertas las notables dotes histriónicas del indio, en el tronco de la tradición teatral indígena injertan un tema cristiano. El auto medieval traído por el misionero florece en la voz, el gesto y la cosmovisión del neófito americano. La mejor reseña de cuatro de aquellas representaciones, llevadas a cabo en Tlaxcala en 1538, la hizo — con dejos de crítico y ribetes de humorista — nada menos que el dulce y sencillo Motolinía. El éxito fue extenso, pero no perdurable. Cuando cesó el ímpetu catequista, cesó

---

extremos. Los que van al centro no pueden. Si se detienen, los que vienen detrás pasan sobre ellos con pisada inclemente; si se apresuran, la breve duración de una vida no les basta para trasponer la frontera con la siguiente. Una tradición bíblica puede servirnos de ejemplo. En la peregrinación del pueblo judío, Moisés mandó desde la salida de Egipto hasta vislumbrar la Tierra Prometida. Pero Jehová le vedó que cruzara el Jordán: a Canaán entró Josué y su generación.

el teatro misionero. Uno y otro duraron lo que duró esta generación.

Otra consecuencia fue el notable interés por el estudio de los idiomas nativos. Aquellos frailes, "haciéndose niños", aprendieron a hablar con los niños indígenas. Y de su labor quedó un abundante caudal de vocabularios, gramáticas y tratados. Son muchos para citarlos. Reunidos forman un rico capítulo de la ciencia lingüística universal. Y aún se fue más allá. Empleando el valor fonético de nuestra escritura, de la tradición oral se recogieron y salvaron poemas, diálogos, mitos y tradiciones indígenas de inestimable importancia. Baste un ejemplo: entre 1554 y 1558 se transcribe en alfabeto latino el *Popol Vuh*. Del *Popol Vuh* se ha opinado, en reciente encuesta, que es una de las diez obras más importantes de México. De ahí puede colegirse la trascendencia de aquella labor.

Al lado de los cronistas religiosos escribe un grupo de cronistas seculares. Algunos todavía llegaron a guerrear. Los más son administradores y pobladores. Y tienen en común la misma pasión generacional de entender al indio y comprender su civilización. Los principales se llaman Francisco López de Jerez (1504-1539), Agustín de Zárate (?-d. 1560), Juan Polo de Ondegardo (?-1575), Pedro Cieza de León (1518-1560), Diego Muñoz Camargo (c. 1526-c. 1600), Miguel Cabello de Balboa (c. 1530-d. 1600).

Fuera de la crónica y el teatro, pocas son las actividades literarias significativas. El fundador del Nuevo Reino de Granada, Gonzalo Jiménez de Quesada (ca. 1506-1579), era licenciado en leyes por Salamanca y amante del buen nombre de su patria. Entre otros escritos dejó *El Antijovio*, voluminosa defensa de las armas españolas en Italia, maltratadas por la pluma del obispo de Nocera, Paulo Jovio. Convecino y cantor de Jiménez de Quesada fue Juan de Castellanos (1522-1607). En el sosiego de sus años maduros, fungiendo ya de clérigo y doctrinario de indios en Tunja, se dio a escribir los recuerdos de sus variadas aventuras. El resultado fue una crónica con las mismas características ge-

nerales de las que escribían sus compañeros de generación. Llegó entonces a sus manos un ejemplar de la obra de Ercilla y quiso emularla. Dedicó su larga vejez a poner en verso la crónica que, pese a la rima y la medida, siguió siendo prosa. Llevándola mentalmente a su forma original puede leerse con provecho y hallar mucho de valor histórico, lingüístico y etnológico en los 150.000 versos de las *Elegías de varones ilustres de Indias*. Y Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575), uno de los primeros profesores de la universidad mexicana, escribió también una crónica y compuso en latín unos diálogos, destinados a servir de texto, en los que describe admirablemente la ciudad. E hizo algo de mayor trascendencia: continuó en castellano el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Oliva. Enlazaba así su obra con la de la generación anterior, y demostraba una vez más que si el tema seguía despertando hondo interés es porque hondas eran ya las raíces que éste había echado en nuestra cultura.

Para completar el rápido esbozo de esta generación, agreguemos una pincelada alegre y colorista. Entre los españoles que vinieron entonces, había muchos que ni fundaban, ni escribían, ni trabajaban. Simplemente vagabundaban. Fray Jerónimo de Mendieta lo apunta en estos términos:

Pasada la mar a esta parte, se tiene por tan bueno el más ruin de España como el mejor caballero, y como traigan todos muy decorado que han de ser servidos de los indios por sus ojos bellidos, no hay hombre de ellos, por villano que sea, que eche mano a un azadón o a un arado, porque hacen cuenta que a doquier que entraren entre indios, no les ha de faltar (mal de su agrado), la comida del huésped, y así huelgan más de andarse hechos vagabundos a la flor del berro...<sup>6</sup>.

En otras palabras, que de conquistador a vagabundo no había más que un paso. O, para ser más exactos, la escasa distancia de una generación.

<sup>6</sup> Fray Jerónimo de Mendieta, en carta fechada a 1º de enero de 1562 y citada por NORMAN F. MARTIN, *Los vagabundos en la Nueva España, siglo XVI*, México, 1957, pág. 38.

## LA GENERACION DE 1564

Pupilas americanas que contemplan la realidad americana. Y más: pupilas que contemplan amorosamente. Los hombres de esta generación ya tienen voz con mandato de patria. Ven y sienten como propias las cosas de América. Hablan y discurren de otro modo. Condimentan y saborean de nuevas maneras sus manjares. Se forman una distinta cosmovisión. Son los que crean una modalidad nueva del convivir hispánico: son los primeros criollos.

Negar que existían tales diferencias desde estos precisos años es desconocer la época. Las observa en temprana fecha el sabio Sahagún. En su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, terminada en 1568, decía: “los que en ella nacen, muy al propio de los indios, en el aspecto parecen españoles, y en las condiciones no lo son [...] y esto pienso que lo hacen el clima o constelaciones de esta tierra”. Y llevaba razón el perspicaz observador. Era, en efecto, el clima: en parte el geográfico y, aún más, el social. Y eran las constelaciones de la tierra, es decir, el paralelo y meridiano exactos desde donde el criollo miraba al mundo. Todo eso era justamente lo que impartía y sigue impartiendo al hombre nacido en América su condición de criollo. Observan lo mismo otros españoles durante los años de esta generación. Entre 1571 y 1574 el geógrafo Juan López de Velasco, en viaje científico por América, objetivamente consigna: “Los que nacen de ellos, que llaman criollos, y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocidamente salen ya diferenciados en la color y el tamaño [...] y no solamente en las calidades corporales se mudan, pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo y, mudando él, se alteran también”. Y en 1591, Juan de Cárdenas, médico sevillano residente en México, declara ya enfáticamente: “No hay hombre, por ignorante que sea, que luego no eche de ver cuál sea cachupín, y cuál nacido en Indias”. Advierta el lector, de paso, que los testimonios citados son de tres hombres de ciencia: antropólogo, geógrafo, médico, es decir, observadores nada

apasionados. Existía, pues, en estos años, una realidad humana distinta. Y para llamar a esa nueva realidad se buscó una palabra apropiada. Mediante un significativo cambio semántico, desde entonces se empezó a emplear con ese fin la palabra *criollo*<sup>7</sup>.

Si ha habido los que han negado que en esa época existiese ya una conciencia americana, hay también los que, yéndose a la otra banda, piensan que esa conciencia es lo opuesto de lo español. Si aquellos pecaban por carta de menos, éstos pecan por carta de más. Lo criollo no es lo opuesto a lo peninsular, sino adaptación idónea de lo peninsular a las nuevas circunstancias americanas. Acudo otra vez a la metáfora del mundo vegetal. Los españoles trasplantan su cepa. En América — otra tierra, otro clima, otras constelaciones — florece y se fertiliza cruzándose con el polen de las plantas que crecen acá. Los frutos que da nacen variados ya en tamaño, color y sabor. Pero esos frutos, y las cepas que provengan de esos frutos, seguirán perteneciendo al mismo género botánico. El latinista Henríquez lo sabía muy bien, y en 1679 lo dice, en definición insuperable: “patria Indus, genere Hispanus”. Ahora bien, metáfora a un lado, es obvio que a nadie se le ocurrirá pensar que la relación de lo criollo a lo peninsular es de carácter botánico. Lo que resulta menos obvio es que la relación tampoco es de carácter biológico y menos aún de carácter racial. El término criollo conlleva una significación cultural. No tiene que ver con pigmentos a flor de piel, sino con íntimos matices de un modo de ser. No es medida de superficie, sino de profundidad. Volviendo, pues, a la metáfora, los criollos somos las cepas que en cultura americana fue dejando la cepa cultural española en fecundo cruce cultural con cepas de acá.

Ahora que sabemos precisamente lo que somos, lo que no somos y desde cuándo lo somos, procedamos a bosque-

<sup>7</sup> El lector hallará las fuentes, la explicación del cambio semántico y otros datos sobre la trayectoria histórica del término en el artículo *Criollo: definición y matices de un concepto*, recogido en mi libro *Certidumbre de América*, La Habana, 1959, págs. 9-26.

jar lo que a las letras da esta primera generación de criollos. Desde luego, éstos también escriben crónicas. ¡Pero cuán distinta su cosmovisión, y por tanto sus crónicas, de las que nos dejaron las dos generaciones anteriores! Juan Suárez de Peralta (d. 1537-d. 1590), fray Diego Durán (1538?-1588), Blas Valera (1538-1598), el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) y Juan de Tovar (1543-1626), son los más notables. Todos han nacido en América, y ésta es su tierra; ésta, su patria. Oigamos la nota afectiva que vibra en la voz de Garcilaso cuando nos dice, en el Proemio de sus *Comentarios reales*, que los escribe “forzado del amor natural a la patria”, o cuando, a las pocas páginas, declara que nació “ocho años después que los españoles ganaron mi tierra”. Y así por todo el libro — uno de los indisputados clásicos de la prosa castellana. Pero si nos contentásemos con sólo estas declaraciones explícitas, nos quedaríamos todavía en la superficie. Detrás de las frases “mi patria” y “mi tierra” hay una nueva manera de mirar al mundo, estructurándolo con América como centro; hay un perentorio propósito de divulgar un patrimonio cultural sentido desde la raíz del ser; hay un rechazo de las inexactitudes en que incurrieron los cronistas extranjeros, que miraban desde fuera y no desde dentro; hay una distancia infranqueable entre su concepto del hombre y el que tenían los cronistas anteriores; hay, en fin, tras la transparencia de su palabra renacentista, una tenue neblina de ternura y nostalgia que empapa al pensamiento mismo. Y todo esto no sólo en la selección, interpretación y exposición de los hechos históricos, sino también en los cuentos y anécdotas con que adorna el relato. El carácter esquemático de este ensayo me excusa de entrar aquí en pormenores que he analizado en otra parte <sup>8</sup>. Baste con que el lector sepa que esa es la pupila con que mira Garcilaso. Y, generalizando ya, que esa pupila nos da la exacta medida para fabricarnos la lente con que hemos de ver, si queremos no sacarlos de foco, a los escritos de los

<sup>8</sup> En el artículo *Hombre y mundo en dos cuentos del Inca Garcilaso de la Vega*, en *Certidumbre de América*, págs. 51-60.

demás hombres de esta generación. Y a los de las generaciones por venir, pues de ahora en adelante todas serán criollas, cada vez más criollas...

El criollismo en profundo de todos estos cronistas se manifiesta con igual fuerza en el *Tratado del descubrimiento de las Indias...* y *del suceso del Marqués del Valle*, de Juan Suárez de Peralta. Y lo más significativo es que se manifiesta aun cuando el autor trate de ocultarlo. Suárez de Peralta simpatizó con el grupo de jóvenes criollos que quisieron "levantarse con la tierra" y dar el trono de la Nueva España al hijo de Hernán Cortés. Sabido es que los jefes de la conjura acabaron rindiendo el cuello a la cuchilla del verdugo y sus cabezas expuestas en la picota. Pues bien, en la crónica de Peralta, que iba resultando otra de tantas, súbitamente surge un narrador de primer orden cuando comienza a relatar el boato y gallardía de las fiestas con que se recibió a Martín Cortés y los pasos de la rebelión hasta rematar en el trágico desenlace que le costó vida y hacienda a los hermanos Alonso y Gil González de Avila. Su simpatía por sus paisanos se trasluce a costa de traicionar el propósito que le llevó a escribir el libro, que era obtener mercedes de la corona. Y el estilo se empapa de las lágrimas que aquellos sucesos le provocan. Su fibra criolla, hondamente conmovida, es la que da elocuencia, patetismo y dramaticidad a la narración. Y en este caso, como el asunto dista de los que trata Garcilaso, queda visto que no es cuestión del tema sino de la pupila con que cada cronista mire los hechos y la posición en que se sitúe ante ellos al narrarlos.

Lo que se observa en Garcilaso y los otros cronistas se hace más evidente aún en los criollos que ahora escriben para el teatro. Debo explicar la razón. Mi frecuente trato con el género dramático me ha llevado a observar que éste es uno de los géneros literarios que con mayor rapidez registra los sentimientos y anhelos de una generación<sup>9</sup>. Y si

---

<sup>9</sup> Esta observación la veo confirmada donde menos lo esperaba: en el libro titulado *Science and the Modern World*, del filósofo inglés A. N. WHITEHEAD. Allí encuentro lo siguiente: "It is in literature that the concrete outlook of

actúa a modo de excelente barómetro del clima social, se debe a que el teatro es, en última instancia, un diálogo entre el autor y su público. Ese público no es una entelequia. Es un grupo de personas congregadas en un lugar determinado, en un momento determinado, que críticamente aprueban o rechazan la visión que el autor les presenta. El autor debe, pues, captar con justeza la imagen que de sí mismo tiene el hombre en ese lugar y en ese momento histórico. Mientras más hondo cale, más satisfará al público y más universal será. Porque lo universal consiste en tocar raíz, no en andarse por las ramas. Y la raíz requiere tierra. Pues bien, tan pronto como los criollos tienen raíz y tierra propias, surge el teatro que he llamado — porque la realidad histórica y la aparición del término en ese preciso momento me autorizan a hacerlo — el teatro criollo<sup>10</sup>.

Tres son los autores de esta generación que dialogan con su público. Cronológicamente el primero es Fernán González de Eslava (1534-ca. 1600). Nació en España, pero se educó, se acriolló y se ordenó de sacerdote en México. Para deleite y edificación de sus feligreses escribió loas, entremeses y coloquios entre 1567 y 1600. En ellos nos dejó un amplio mural — los mexicanos siempre han sido grandes muralistas — de aquella sociedad. Por su obra nos enteramos de consagraciones de obispos, construcción de fuertes, festejos en celebración de victorias, y también de la pestilencia que azotó a los naturales, las quejas por las agobiantes leyes suntuarias, la presencia de curanderas y jugadores, y hasta el estado de la lengua en esa época. Su obra es una inagotable fuente de informes para el historiador, el sociólogo, el lingüista, el antropólogo, y sabrosa lectura para el crítico literario. Y aún más: llega a diferenciar alegremente a las generaciones. Lo hace así cuando nos habla de conquista-

---

humanity receives its expression. Accordingly it is in literature that we must look, particularly in its more concrete forms, namely in poetry and in drama, if we hope to discover the inward thoughts of a generation" (Cambridge, Mass., 1933, págs. 93-94).

<sup>10</sup> Cf. mi libro *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial*, La Habana, 1956, págs. 40 y 58-71.

dores, hijos de conquistadores y nietos de conquistadores. O cuando traza, en rápida caricatura, el perfil orgulloso de una criolla que le dice al marido gachupín:

¡Qué marido y qué señor!  
Maridillo de nonada,  
mirá quien es mi dolor  
para estar con él casada  
hija de conquistador.

El segundo es el dominicano Cristóbal de Llerena (ca. 1540-1610). En 1588 compuso un entremés que resulta signo y cifra de los sentimientos, aspiraciones y preocupaciones de un criollo ante el desgobierno y explotación de su tierra. La fuerza de su sátira fue tal que la representación del entremés le valió al autor tener que exilarse a tierras vecinas. ¡Qué mejor prueba, que en tan temprana fecha sufriera el destino de los que en nuestra América señalan con el dedo a los esquiladores de la patria!

El tercero es un sacerdote de los que, sintiéndose carne y sangre de su pueblo, miran a sus hermanos con enternecidas entrañas de buen pastor. Fue paisano de los curas patriotas Hidalgo y Morelos. Se llamó — y su nombre suena a puro pueblo — Juan Pérez: Juan Pérez Ramírez (1545-?). Hijo de conquistador, versado en las lenguas náhuatl y latina, versificó en lúcido español una égloga pastoril a lo divino que llamó *Desposorio espiritual entre el pastor Pedro y la Iglesia mexicana*. Corteses y sencillos parabienes al pastor Pedro, o sea al arzobispo don Pedro Moya de Contreras, cuya consagración celebra. Pero allí también la nota criolla: su orgullo, apenas asordinado, al mencionar la Laguna Mexicana; su amor, hondamente sentido, al referirse a sus compatriotas recién ingresados en la grey cristiana:

Betis, Ebro, Tajo y Duero  
y otras corrientes a una,  
viendo tal pastor y apero,  
tendrán, a lo que yo espero,  
envidia de la Laguna;  
porque allá es apacentado

ganado bien enseñado,  
y acá, según habéis visto,  
está con sangre de Cristo  
todo recién almagrado.

En cuanto a la lírica, son tantos los poetas, americanos y españoles, que ahora escriben en América, que aparece ya una antología, titulada *Flores de varia poesía*, fechada en México en 1577. Con los poemas allí recogidos y otros muchos que se conservan, puede pintarse un ameno bodegón de la flora y la fauna de América — inclusive la humana. Y en relación a esa fauna humana, por tertulias y mentideros circula un conocido soneto anónimo, de origen manifiestamente criollo:

Viene de España por el mar salobre  
a nuestro mexicano domicilio  
un hombre tosco, sin algún auxilio,  
de salud falto y de dinero pobre.

Y luego que caudal y ánimo cobre,  
le aplican, en su bárbaro concilio,  
otros como él, de César y Virgilio  
las dos coronas de laurel y robre.

Y el otro, que agujetas y alfileres  
vendía por las calles, ya es un conde  
en calidad, y en cantidad un Fúcar.

Y abomina después el lugar donde  
adquirió estimación, gusto y haberes:  
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!

En la misma vena satírica, diciendo perrerías de criollos y españoles por igual, escribía un poeta peninsular, a quien encontramos en Tucumán, en Lima y finalmente en México. Se llamaba Mateo Rosas de Oquendo (1559?-d. 1621). Su obra, de sátira amplia y regocijada, merece que se reúna y se estudie. En ella mira a la realidad con la lente heroica vuelta al revés. Y modifica muchas perspectivas.

Firmemente instalado en una perspectiva heroica, otro poeta español, Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), canta uno de los postreros episodios de la Conquista. Ercilla posee el tono épico y el impulso poético que le faltó a Juan de

Castellanos. Y *La Araucana* gana inmediatamente la admiración de los lectores contemporáneos. Los viejos, los de la anterior generación, se entusiasman con el insospechado hallazgo. Ahora bien, cuando intentan imitarla, ruidosamente fracasan. En cambio los jóvenes, los de su generación y los de la próxima, lo tomarán de modelo y seguirán, con distinto éxito y variedad de temas, por la brecha épica que su pluma señala. Estos bardos son, en su generación, Martín del Barco Centenera (1535-1605) y Hernando Alvarez de Toledo (1550-1633). Y en la próxima, Balboa, Balbuena, Oña, Hojeda y otros más. Tal comportamiento se presta a una reflexión. Pienso que las generaciones son como las estrellas, que inclinan, pero no obligan. Cada escritor es único. Pero vive en un determinado horizonte intelectual que influye, de mil maneras sutiles pero decisivas, en sus procesos de creación. Si Ercilla hubiese vivido 60 años antes, acaso hubiera escrito de la Conquista como *Las Casas*, *Oviedo* o *Cortés*. Afortunadamente, se une a una generación que ya no debate el derecho a esclavizar al indígena. Al contrario. No sólo respeta la integridad humana del indígena, sino que ha llegado a sentirla como suya propia. *La Araucana* y los *Comentarios reales*, las dos obras cumbres de esta generación, se fundan en una misma cosmovisión generacional. Aunque apuntan con armas distintas, Ercilla y Garcilaso dan en el mismo blanco: la dignidad del indio. Por eso ambos la enaltecen, uno divulgando la rica cultura de los incas, el otro cantando la nobleza y valentía de los araucanos. Tuvo suerte Ercilla. Marchando al frente de una generación poética y patriótica, pudo en tal coyuntura fundar, aun sin ser americano, la tradición poética y patriótica del pueblo chileno. Lo cual demuestra que las generaciones, aunque no obligan, sí inclinan.

Hay otros escritores. Entre ellos se destaca un grupo de cronistas españoles: fray Pedro de Aguado (1538-d. 1589), el Padre José de Acosta (1539-1600), fray Martín de Morúa (?-d. 1616), Ruy Díaz de Guzmán (1554?-1629?). Como no escribo una historia, sino que trazo un esquema, escogeré a

Acosta y a Morúa para destacar notas generacionales. Dice el Padre Acosta:

Lo mismo ha acaecido en otras cosas, que pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio, que sin saber, ni aun querer saber, las cosas de los indios, a carga cerrada dicen que todas son hechicerías, y que éstos son unos borrachos, que qué pueden saber ni entender <sup>11</sup>.

Lo que le ha sucedido al Padre Acosta es que, en su larga residencia entre criollos, su pupila se ha acomodado a mirar con la misma visión con que veían los criollos. A estas alturas no debe sorprendernos que nos dé una imagen de América observada desde América. Ni debe extrañarnos que, sin hacer caso a Aristóteles, se mofe de las ideas geográficas, según las cuales, hallándose Acosta en las antípodas, cuando “había de arder todo y ser fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío”. Ni que, sin hacer caso a los bíblicos mitos de la creación, se pregunte risueñamente cómo pudo haber pasado a América tanto animal desconocido que no estuvo en el Arca de Noé. Y más aún: que discurra sobre el origen del hombre americano en los siguientes términos:

Tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvajes y cazadores que gente de república y pulida, y que aquellos aportaron el Nuevo Mundo por haberse perdido de su tierra o por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra, que hallándola, comenzaron poco a poco a poblarla... <sup>12</sup>.

Al mercedario Martín de Morúa podrá acusársele, como lo hace el indio Huamán Poma de Ayala, de ser demasiado inclinado a “ajuntar doncellas”. Pero no de que no sepa ni quiera saber las cosas de los indios. Dado su estado, quizá hasta supo más de la cuenta. Como bien apunta Porras Ba-

<sup>11</sup> JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, México, 1940, lib. VI, cap. 7, pág. 461.

<sup>12</sup> *Ibid.*, lib. I, cap. 24, pág. 89.

renechea, editor de su *Historia del origen y genealogía real de los reyes incas del Perú*, "el deleite preferido de Morúa es referir costumbres y ritos de amor. El eterno femenino le atrae tentadoramente y su atención regresa con frecuencia a tratar del sexo bello, y con más seducción de las Vírgenes del Sol y de las ñustas recogidas para el Inca". Pues bien, llevado de esa inclinación, al final del libro nos regala con la leyenda de una ñusta hija del Sol que se enamora perdidamente de cierto pastor. Y narra la leyenda en una prosa que combina cierto sabor de novela pastoril con intencionados elementos que disonarían en un ambiente de pellicos, caramillos y zampoñas. Si Ricardo Palma hubiera vivido en estos años no hubiera escrito de otro modo esta picante y trágica tradición.

Y ahora dos o tres pinceladas más para terminar el boceto de esta generación. La primera agrega un tinte económico. La rebelión de los Avila se debió a que Felipe II ordenó que las encomiendas dejasen de ser hereditarias. Las oligarquías de hoy no proceden, pues, de los conquistadores que "ganaron la tierra". Y todavía en la gama de los matices económicos, en 1574 España sufre su segunda bancarrota. Los efectos no han de tardar en llegar: en 1581 se declaran independientes los Países Bajos; en 1588 la Armada Invencible es vencida. Desde entonces España pierde para siempre la iniciativa en los mares y su inmenso imperio empieza a caer, pedazo a pedazo, en manos de ingleses, franceses y holandeses. Esta generación, por tanto, presenció la alborada de América. Y el inicio del ocaso de España.

Con color de alborada, una pincelada espiritual. Aparecen ahora los dos primeros santos de ejecutoria americana. Ambos vinieron de España a derramar en estas tierras su cristiana caridad: Santo Toribio de Mogrovejo (1534-1606) y San Francisco Solano (1549-1610).

Y sólo un trazo más, que perfile claramente el contorno. Hasta esta generación han predominado las corrientes renacentistas. La próxima generación, ahora lista para subir al tablado, entrará a actuar con un estilo distinto. Ese estilo afec-

tará a todas las artes y aún a la manera misma de encarar la vida. Está al empezar el largo predominio del barroco.

#### LA GENERACION DE 1594

El uso del término *barroco* ha suscitado polémicas <sup>13</sup>. Algunos hubieran querido dejarlo restringido a la arquitectura, de donde partió. Otros han visto la conveniencia de ampliar su radio de acción a las artes plásticas, a la música y a la literatura. Otros, más perspicaces, se han dado cuenta de que debe aplicarse a lo que fue un estado de ánimo que abarcaba a la cultura en general de todo el occidente europeo. La extensión del fenómeno hace difíciles las generalizaciones. Hubo un barroco italiano, un barroco francés, un barroco alemán, un barroco español y, también, un barroco de Indias. Y así llegamos a la primera aclaración importante: el barroco de Indias es propio de las Indias. Quien piense que sólo se trata de una tautología se quedará mirando el proceso de las letras americanas desde la calle, sin llave para entrar hasta los jardines interiores de nuestra morada artística y espiritual.

Para caracterizar a fondo el barroco de Indias hemos de proceder a otra aclaración. Hoy se está de acuerdo en que el barroco fue en Europa un clima artístico creado por el clima espiritual de la Contrarreforma. En el caso particular de España, la aparición de ese clima espiritual tiene sus fechas precisas. Marcel Bataillon, que es quien mejor ha estudiado el proceso, nos dice: "Entre 1556... et 1563... l'Espagne change très vite, et très profondément de climat spirituel" <sup>14</sup>. La primera generación barroca de América es, por tanto, la que nace y se forma precisamente a partir de la consumación de ese cambio, es decir, en los primeros

<sup>13</sup> Para tener una idea del problema del barroco en Europa véase HELMUT HATZFELD, *A critical survey of the recent Baroque theories*, en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Año IV, núm. 3 (septiembre-diciembre de 1948), págs. 461-491. Trae amplia bibliografía.

<sup>14</sup> Citado por HATZFELD, pág. 477.

treinta años postridentinos. Ese clima actuó como obscura fuerza que impulsaba a regresar a lo que se era antes de la irrupción del Renacimiento, a saltar hacia atrás en busca de terrenos que por no haber sido removidos parecían más seguros. En este salto hacia el pasado, el hombre europeo, circunscrito al paisaje limitado por su historia, fue a caer en corrientes estéticamente afines al gótico y espiritualmente al Medioevo. En América no sucedió exactamente lo mismo. Acá el hombre de esta generación ya era criollo, hijo de criollos, que sabía, por el padre y por él mismo, que ésta era su tierra, ésta su patria. Y al saltar hacia su pasado, si de lejos vislumbró la Edad Media y el gótico europeos, de cerca se topó con el mundo prehispánico y el arte fino, hierático, complejo, de las principales culturas indígenas. Y porque el barroco tenía esenciales rasgos en común con la visión estética y religiosa de aztecas e incas, en América se le aceptó como un inesperado encuentro con lo propio. De ahí la pujanza que en seguida cobró el movimiento, y el grado en que se ha consustanciado con los criollos de ayer y hoy. Por eso, si al barroco español ha podido llamársele el arte del contrarrenacimiento, al de Indias debemos llamarlo, con igual razón, el arte de la contraconquista.

Los historiadores de la literatura, acostumbrados como estamos a trabajar sobre una realidad hecha de palabras, debemos cerciorarnos de que no hemos venido a caer en un mero juego verbal. Las palabras pueden acercarnos a la realidad o pueden encubrírnosla, deformando su verdadera esencia. Pasando, pues, al idioma manifiestamente más concreto de la arquitectura, observemos lo que ocurría con los edificios que entonces se levantan. Los planos son de origen europeo. Pero aquellos planos se adaptan sobre la marcha a las condiciones físicas y sociales del medio americano. Y americano es el artesano, y americana la cosmovisión que poco a poco imprime su mano en la piedra o la madera americanas. Dejemos que sea un historiador extranjero, buen conocedor del arte español, quien nos diga su sorpresa ante las resultantes modificaciones. Escribe Pál Kelemen, en el

prefacio de su libro *Baroque and Rococo in Latin America*, el párrafo que traducido dice así:

Fui a México y Yucatán a estudiar los vestigios de su pasado precolombino. Pero aún mientras me concentraba en las obras maestras indígenas de América, me sentí compelido a observar el arte estudiando del período colonial español. Muy pronto se me hicieron patentes las numerosas y considerables diferencias entre el arte de la madre patria y el de sus antiguas colonias. Cuanto más viajaba, más me daba cuenta de que la producción artística del primer siglo de dominación española — que dio por resultado una conglomeración de estilos trasplantados — había sido superada en este continente por manifestaciones más originales. Porque los artistas y artesanos indios y mestizos tenían que volcar todavía su imaginación, su tremendo talento artístico, y su ancestral pericia al servicio de una nueva religión. Sus esfuerzos florecieron en la América Latina en un período que coincidió con la difusión del barroco y la aparición del rococó <sup>15</sup>.

La sorpresa de Kelemen debe ser aleccionadora. No perdamos el goce de esos novedosos deslices diferenciadores. El verdadero valor de una obra americana puede a veces consistir, no en la fidelidad con que siga un modelo foráneo, sino en la fascinación de las innovaciones. Ningún momento, pues, tan apropiado como éste para descartar viejas y desenfocadas gafas que no han servido ni para ver a América ni para entender el barroco.

Hay otras características generales del barroco que se harán evidentes en el simple manejo de las obras. Es, por ejemplo, una época de desencanto. Se siente en el desencanto ante la vida, el ansioso esperar a la muerte, el correr en medrosa huída hacia el mundo teocéntrico anterior al renacentista. Se siente también en las impetuosas energías que se canalizan hacia el estilo, prefiriendo la complejidad a la sencillez, la tensión a la armonía, lo difícil a lo transparente. No sucede siempre, pero sí las más de las veces. Y lo que singulariza a una época no es la presencia sino el predominio de ciertas cualidades o tendencias.

<sup>15</sup> PÁL KELEMEN, *Baroque and Rococo in Latin America*, New York, 1951, pág. VIII.

El paso del Renacimiento al Barroco se observa claramente en el sesgo que dan a sus obras los escritores que antes hubieran sido cronistas. Como se ha visto, la generación de los conquistadores narra la hazaña en que ha participado; la de los fundadores describe la conquista del alma indígena; la de los criollos exalta la dignidad del indio que llevan en sí o rompe a cantar en épicas estrofas. Todos hasta aquí se empeñaron en relatar experiencias vividas. Esta nueva generación ahora literaturiza experiencias ajenas. Veamos primero los que escriben en verso. Pedro de Oña (1570-1643) recorre de nuevo la ruta de Ercilla. Pero al cantar la conquista de Chile, lo hace situado a la cómoda distancia de quien no participó en la pelea. El *Arauco domado* es un libro calcado sobre otro libro. Sus descripciones asordinan el fragor de la lucha y sus estrofas cobran un laxo compás palaciego. El título mismo se amplía y su valor decae. Oña vive de la pluma y sirve a quien le paga. Gana en oficio lo que pierde en autenticidad y vigor. Bernardo de Balbuena (1562-1627) se sitúa aún a mayor distancia del asunto de su epopeya. Con larga mirada retrospectiva va a encontrarlo en Europa, en los tiempos de Carlomagno. El héroe de su *Bernardo* es el legendario Bernardo del Carpio que derrota a los Doce Pares de Francia en la batalla de Roncesvalles. Y fray Diego de Hojeda (1571-1615), trasladando su afición de un héroe mortal a uno eterno, canta al hijo de Dios. Su poema *La Cristiada*, siguiendo la corriente de los tiempos, pasa a ser una epopeya a lo divino. Y en ella dejan un ancho rastro de reminiscencias numerosos libros sagrados y profanos. Los tres, pues, hacen literatura sobre literatura.

Estos tres poetas son sumamente diestros en su oficio, verdaderos profesionales de las letras. Y sus respectivas obras tienen en común la suntuosidad de los elementos decorativos, la riqueza metafórica, la alta tensión a que someten el lenguaje, la abundancia de cultismos, enumeraciones caóticas, versos recolectivos, en fin, el catálogo entero de la retórica barroca. Y al lado de esos poetas mayores, un poeta menor: Silvestre de Balboa (1563-1649), autor del *Espejo de pacien-*

*cia*. Lo traigo a colación porque los escritores menores suelen mostrarnos, como bajo un cristal de aumento, ciertas características generacionales que los de primera línea saben no exagerar. Las exageraciones de Balboa servirán para percibir ciertos rasgos con mayor facilidad. El asunto del poema es, de nuevo, una aventura que el autor no vivió: la captura del obispo Altamirano por unos piratas y el rescate por los valientes vecinos de Bayamo. Se mezclan, pues, el flamear de cirios con el centelleo de machetes. Pero hay más. El barroco de Indias produce aquí sorprendentes imágenes. Produce primero una sabrosa imagen: en los bodegones verbales, tan típicos del barroco a una y otro banda del Atlántico, Balboa pinta frutos y peces de las Indias:

Guanábanas, gegiras y caimitos...  
 mameyes, piñas, tunas, aguacates,  
 plátanos y mamones y tomates.

.....  
 Salen náyades puras, cristalinas,  
 con mucho jaguará, dajao y lisa,  
 camarones, biajacas y guabinas.

Después una imagen pintoresca:

Vinieron de los pastos las napeas  
 y al hombro cada una un pisitaco.

(*Pisitaco*, cultismo por 'cotorra'). Y luego una imagen grotesca: las hamadriades se acercan al obispo modestamente vestiditas con naguas (faldellines indígenas). Todo eso, bueno o malo, hace patente la penetración de lo indiano en el barroco de Indias. Aquí sólo en lo superficial y decorativo. Pronto lo hallaremos de nuevo en lo conceptual y profundo.

Pasemos de la crónica impostada en voz de epopeya a la otra, a la que todavía se escribía en prosa conversada. Esta también se literaturiza. Sirvanos de ejemplo Juan Rodríguez Freile (1566-1638). Rodríguez Freile es un criollo que ha viajado por España y por su tierra, Nueva Granada. A los cuarenta y tres años era, en palabras de un contempo-

ráneo suyo, “muy gordo y muy cargado”. Y a los setenta, aún más cargado — y no sólo de libras y de años, sino también de recuerdos y malicia —, se dispuso a escribir la crónica cuyo título comienza así: *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*. Pero ¿era ése de veras su propósito? El título continúa luego por más de una docena de renglones, y tras ese pequeño Tequendama de palabras, cae al fin esta frase: “con algunos casos sucedidos en este reino, que van en la historia para ejemplo, y no para imitarlos, por el daño a la conciencia”. Pura ironía. Lo que a Rodríguez Freile le interesa narrar no es la crónica sino los casos. Estos casos nada tienen que ver con la conquista del reino, sino con otras conquistas, que por entretenidas y picantes, son verdaderos cuentos a la manera de Boccaccio. El regocijado santafereño escribía, pues, por satisfacer la urgencia comunicativa de un narrador nato que busca dar placer a sus lectores. Y los lectores de su tiempo, nada lerdos, le cambiaron en seguida el título a la obra. La llamaron simplemente *El Carnero*. ¿Porque corrían ejemplares encuadernados en piel del cornudo animal? ¿O porque era raro el caso en que no apareciese algún marido igualmente adornado?

En tanto que el lector escoge la explicación que más le guste, debo señalar cierta diferencia entre estos casos y los que narraba, en la generación anterior, el Inca Garcilaso. Para Garcilaso, renacentista, su mundo es el universo y su hombre el hombre moral. Para Rodríguez Freile, barroco, su universo es Santa Fe de Bogotá y su hombre los hombres — y las mujeres — que precisamente habían sido el escándalo de aquella tranquila ciudad. Garcilaso busca esencias, explica culturas, eleva la dignidad del hombre. Rodríguez Freile se contenta con transformar habladurías de plaza y parroquia en deliciosos cuentos. Eleva la rastrera condición de chismoso a la de excelente narrador. Literatura.

Los ‘casos’ de Rodríguez Freile traen a colación los de su compañero de generación fray Gaspar de Villarroel (1587-1665). Villarroel nace en Quito, de padre guatemalteco. Se educa en Lima, es prior en el Cuzco, obispo en Chile y Are-

quipa, arzobispo en Charcas. Viaja también por España, y allí predica en la Real Capilla. Es, pues, un criollo de mucho mundo, enterado de todo, rebosante de gracia, señorío, ironía, agudeza. Es, además, insigne canonista que escribe un imponente tratado al que titula, con decidido gusto barroco, *Gobierno eclesiástico-pacífico y unión de dos cuchillos pontificio y regio*. Pero el sabio colector y comentarista de las leyes eclesiásticas no puede reprimir su facundia criolla. Y a veces el comentario le salta en forma de consejos, anécdotas y muy buenos cuentos. La materia de sus cuentos la toma de donde la encuentre: de sus experiencias americanas o de sus lecturas europeas. Como fuente de uno de ellos puedo señalar, por ejemplo, una de las historias referidas en la *Gesta romanorum*. Ahora bien, ¿no fueron al mismo libro, en busca de asuntos, Chaucer, Boccaccio, Shakespeare, Longfellow y Mark Twain? La mayor o menor historicidad del argumento no es lo que importa, sino el tratamiento imaginativo y el deliberado propósito artístico. Y eso es precisamente lo que me autoriza a traer aquí a Villarroel como cuentista de varia veta y sazónada prosa.

Esta generación, además de cuentos, escribió novelas. Sé que la opinión general repite incesantemente que la época colonial no produjo novelas. "Con la excepción de las crónicas", afirma un competente crítico, "y algunas otras obras de difícil clasificación que quedan al margen de las bellas letras, no hay prosa amena, novela o cuento, en América hasta aparecer *Amalia* y otras novelas menos célebres hacia mediados del siglo pasado"<sup>16</sup>. Así será. Pero en cuanto a cuentos, ya he señalado los suficientes para formar una valiosa antología. Y en cuanto a novelas, al fijar la vista en esta generación encuentro, de todos modos, dos novelas. Desde luego el parecido con *Amalia* es escaso: han de transcurrir dos siglos todavía antes de que el romanticismo amanezca entre nosotros. En estos años está en boga en España

---

<sup>16</sup> JOHN E. ENGLEKIRK, *La Antología de poetas hispanoamericanos y el hispanismo norteamericano*, separata de la revista *Arbor* (Madrid), núms. 127 y 128 (julio-agosto de 1956), págs. 6-7.

escribir novelas pastoriles. Y novelas pastoriles son las dos que ahora se escriben en América.

El autor de la primera nos es ya conocido: Bernardo de Balbuena. Se titula *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*, y se dio a la imprenta en 1608. No es obra ésta de las que hayan quedado "al margen de las bellas letras". Algunos de los poemas, que de acuerdo con las normas del género adornan el sosegado fluir de la trama, aparecen citados y elogiados en historias y antologías hechas a uno y otro lado del Atlántico. Y la parte novelística no sólo ha sido estudiada dentro de la trayectoria de la novela pastoril peninsular, sino que, sobre aquel fondo, se destaca por un rasgo que la singulariza entre las demás: se aleja de la tradición española para acercarse a la italiana, y así lo descriptivo tiende en ella a desplazar lo narrativo<sup>17</sup>. Uno de esos desplazamientos es la descripción, en la Egloga VI, de la ciudad de México. Y allí están resumidos los elementos que luego aparecen, más elaborados pero no más poéticos, en la más difundida de las obras de Balbuena: la *Grandeza mexicana*. La innovación, pues, dejó estela. Y su sentido no debe escapárse nos después de la lección de Kelemen.

El autor de la segunda es Francisco Bramón, entonces consiliario de la Universidad de México. Se titula *Los sirgueros de la Virgen* (*sirgueros* equivale a 'jilgueros'), y se publicó en 1620. Siguiendo las tendencias observadas en Hojeda, Bramón traslada el asunto del plano homocéntrico al teocéntrico, y nos deja una novela pastoril a lo divino. En ella intercala una pieza teatral que titula, significativamente, *Auto del triunfo de la Virgen y gozo mexicano*. De este auto Agustín Yáñez ha dicho que es "documento fundamental en la historia de nuestras letras". Ambas novelas distan de ser, por lo tanto, obras que debamos dejar en el olvido. O que podamos seguir ignorando impunemente.

En lo que llevamos visto se habrá notado la versatilidad de muchos de los autores que forman esta generación. Oña

<sup>17</sup> JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE, *La novela pastoril española*, Madrid, 1959, especialmente pág. 184.

cultiva la épica y la lírica; Balbuena, la épica, la lírica y la prosa novelística; Bramón, la novelística y el teatro. Les interesó más consolidar su reputación de escritores que observar los límites imprecisos de los géneros. Y así, al seguir la zigzagueante trayectoria que dejan en las letras, hemos caracterizado ya lo mejor de su poesía. Sin tiempo para detenernos en la obra lírica de otros igualmente dignos de consideración — las anónimas poetisas peruanas Clarinda y Amarilis, el mexicano Fernando de Córdoba y Bocanegra, el fraile Miguel de Guevara (a quien indebidamente se atribuye el soneto *A Cristo crucificado*), el grupo de sonetistas en torno a Balboa y algunos más — pasemos a la poesía dramática. Y centremos nuestros comentarios en un solo autor: Juan Ruíz de Alarcón (1580 o 1581-1639).

Sobre la 'extrañeza' del teatro alarconiano han corrido ríos de tinta, unos aclarando conceptos, otros enturbiándolos más. Veamos si la perspectiva que este esquema nos proporciona resuelve algunas cuestiones en torno a la confusa polémica. El esquema nos señala, en primer lugar, que Alarcón forma parte de una segunda generación de criollos. Nace, vive y estudia en México hasta los veinte años, y las influencias directrices que recibe durante esos años son, por tanto, las que conforman su cosmovisión. En 1600, ya con clara conciencia de su ser mexicano, va a Salamanca, obtiene el título de bachiller en derecho civil, y en 1608 vuelve a su patria. En México continúa sus estudios, gana el grado de licenciado y termina los requisitos, salvo el costoso ejercicio de graduación para el doctorado. Luego aspira, sin éxito, a varias cátedras, y ejerce los cargos de teniente de corregidor en México y de juez pesquisador en Veracruz. Creyendo merecer más altos puestos, en 1613 va a Madrid en busca de alguna merced. Cuando llega a la Corte anda por los treinta y tres años. Y lleva consigo los manuscritos de cinco o seis comedias.

Mientras transcurre la lenta espera del pretendiente en cortes, Alarcón escribe para el teatro. Y en sus obras mira al mundo de la única manera que podía hacerlo: como un

criollo en la corte de Felipe III. Lo que resulta la 'extrañeza' de su teatro, en relación con el de sus contemporáneos españoles, en buena parte pudo haber sido efecto de su formación americana.

Eso fue lo que Pedro Henríquez Ureña intuyó y propuso en famosa conferencia dictada en 1913. La tesis causó gran revuelo. Unos se unieron a Henríquez Ureña, otros le negaron la razón<sup>18</sup>. Los que se la negaron se basaban en dos argumentos. El primero lo esgrimen dos mexicanos. Genaro Fernández MacGregor le niega la razón "sencillamente porque en las últimas décadas del siglo xvi no había todavía mexicanos", y Ermilo Abreu Gómez, porque en tiempos de Alarcón "no había una determinada y definitiva mexicanidad en la Nueva España". En esto creo que el esquema resuelve la cuestión. Los hechos que he venido señalando en este ensayo demuestran que sí existía en México una manera mexicana de mirar al mundo.

El segundo argumento es más sutil. Henríquez Ureña, anticipando métodos puestos luego en boga por la estilística, trató de aislar en Alarcón aquellas cualidades que caracterizan a los escritores más representativos de la meseta mexicana: la discreción, la sobria medida, la observación aguda brevemente expresada y la proverbial cortesía, así como el propósito moral y el temperamento meditativo. A eso contesta Adolfo Bonilla y San Martín que "no puede negarse que también concurren esas notas (el sentimiento discreto, el tono velado y el matiz crepuscular) en poetas de la Península, como Francisco de Figueroa o los Argensolas, y que, por otra parte, la literatura de aquel país no había adquirido a principios del siglo xvii el desarrollo necesario para ostentar caracteres propios e independientes". Bonilla es un crítico serio. Y con toda seriedad debemos señalar que la segunda parte de su razonamiento corre ahora la misma suerte que las afirmaciones de Fernández MacGregor y de

---

<sup>18</sup> Se da un resumen de la polémica en el excelente libro de ANTONIO CASTRO LEAL, *Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, México, 1943, especialmente págs. 205-207.

Abreu Gómez. Y en cuanto a la primera parte, a lo más que puede extenderse el argumento es a que, si tales cualidades no comprueban, tampoco desmienten la mexicanidad de Alarcón.

Y es ahí donde otros, aprovechando lo inconcluso de la cuestión, han avanzado sus argucias estilísticas para preguntarse retóricamente: ¿Dónde el color local? ¿Dónde las referencias a su tierra? A éstos no se les puede tomar muy en serio. Pertenecen al no escaso número de los que se han acostumbrado a buscar la esencia de lo americano en “guanábanas, gegiras y caimitos”. La respuesta, además, no puede ser más sencilla. Si en las comedias de Alarcón no se encuentran tunas, zapotes y aguacates es porque, escribiendo para el público de Madrid, y desarrollando asuntos que no ocurren en la meseta mexicana, no tenía por qué incrustar en su versificación localismos que hubieran resultado a lo mejor incomprensibles, y de todos modos fuera de lugar. El criollismo de Alarcón no hay que buscarlo en las cosas que mira, sino en la perspectiva con que las mira.

Buenos ejemplos de la perspectiva alarconiana pueden hallarse en la comedia *Don Domingo de don Blas o No hay mal que por bien no venga*. Como estamos acostumbrados, tan pronto se menciona a Alarcón, a pensar en *La verdad sospechosa* y en *Las paredes oyen* — culpa de la tradicional crítica seudomoralizante —, esta comedia es poco conocida. No importa. Tengo para mí que *La verdad sospechosa* y *Don Domingo de don Blas* son sus dos obras maestras. Y que don Domingo, el excéntrico protagonista de la pieza, no es un personaje sacado de los libros, como pensó Fernández Guerra. Alarcón se lo sacó, introspectivamente, de sus propias vivencias. Las ‘extrañezas’ del personaje son las ‘extrañezas’ del autor. Forasteros ambos, ambos miran los hábitos y costumbres de Madrid con sorprendente independencia de criterio. Juzgados ambos por las apariencias, ambos demuestran, a la hora de la verdad, que las apariencias engañan. Corteses y comedidos, no pretenden demoler los patrones culturales de la sociedad en la que no se formaron; se limitan,

no sin cierta ironía, a adaptarlos a su manera. Y sin estenotóreas militancias, al fin ganan la partida. Alarcón, que conocía bien las interioridades de su protagonista, hace que otro personaje, al principio mismo de la comedia (Acto I, escena 2), comente las sensatas excentricidades de don Domingo diciendo:

Pienso que, si pudieran,  
hicieran todos lo mismo.

Y claro, los demás no pueden. Para poder necesitarían una cosmovisión distinta a la que les dio el haberse formado en la villa y corte. Y esa distinta cosmovisión es, precisamente, lo que tenían en común don Domingo y su insigne creador.

Aunque no se haya reparado en ello, es esa independencia de criterio la que llevó a Alarcón a dar con su principal 'extrañeza'. Penetrante observador de dos mundos, comparó lo de acá con lo de allá, y superando localismos de una y otra banda, dio en lo universal. Por eso a su lengua la hizo tersa y transparente, para que se entendiese en dondequiera que se hable español. Y a sus personajes no les fijó fronteras, para que pudiesen viajar sin aires de provincianos por todo el mundo. Y lo logró con tal éxito que el don García de *La verdad sospechosa* no sólo ha llegado a los más remotos rincones del orbe hispánico, sino que ha cruzado las fronteras del idioma. Anda por los escenarios franceses, vestido a la francesa por Corneille, con el sobrenombre de *Le menteur*. Y por italianos, vestido a la italiana por Goldoni, con el de *Il buggiardo*.

En resumidas cuentas, que si hay un criollismo superficial y pintoresco, como el de Balboa, hay otro, conceptual y profundo, como el de Alarcón. Debo agregar, empero, que la obra total de un escritor no puede explicarse exclusivamente por la circunstancia de haberse formado en un determinado país y pertenecer a una determinada generación. Actúan otros factores estrictamente personales, que completan el cuadro. En el caso de Alarcón, su deformación física, su temperamento meditativo, su singular genio creador, son cualidades intransferibles que explican otras características de

su teatro. La experiencia generacional simplemente acondicionó el despliegue de sus esencias.

Aquí dejaríamos con gusto la cuestión si no fuera porque habrá quienes con razón se pregunten: ¿Y a quién se le ocurrió que Alarcón no figurase como escritor mexicano? Pues se le ocurrió a Menéndez Pelayo, quien en su *Historia de la poesía hispano-americana* dictaminó que Alarcón debía ser excluido de ella. Y explicó sus razones en un párrafo que, por haber sido fuente de muchas opiniones, el lector debe conocer textualmente. Dice así:

Varias razones nos inducen a prescindir de Alarcón en este estudio. Es la primera la total ausencia de color americano que se advierte en sus producciones, de tal modo, que si no supiésemos su patria, nos sería imposible adivinarlo por medio de ellas. Es la segunda su propia grandeza y perfección como dramático, la cual le hace salirse del marco de la poesía colonial, que resulta exíguo y desproporcionado para tal figura. Añádase a esto que no cultivó nunca la poesía lírica sino en pocos e infelicísimos versos de circunstancias, o arrancados por la amistad para preliminares de libros. Y es la última razón, y no la menos valedera, el que Alarcón está ya definitiva y magistralmente juzgado por Hartzenbusch y por don Luis Fernández Guerra <sup>19</sup>.

A lo mejor me equivoco, pero detrás de esas tres razones los argumentos que veo son éstos. Primero, que excluye a Alarcón porque en sus comedias no halló tunas, zapotes y aguacates. Segundo, que lo excluye porque su obra dramática es muy buena y porque la lírica no lo es. Y en cuanto al tercero, como ni Hartzenbusch ni Fernández Guerra tocan dicha cuestión, no veo, la verdad, la relación que tengan con ella. En fin, que de venir de crítico menos encumbrado, las razones de don Marcelino tal vez hubieran pasado por simples sinrazones.

Del plano polémico pasemos al plano espiritual. Esta generación da, junto con santos españoles, los primeros santos y beatos americanos. A Cartagena de Indias viene a derramar el bálsamo de su caridad San Pedro Claver (1580-1654), el

<sup>19</sup> MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo I, Madrid, 1911, pág. 63.

buen catalán a quien le duelen en carne propia las lastimadas carnes de los esclavos africanos. En México un joven de vida inquieta y turbulenta siente el llamado de la fe y la lleva al Japón. Desde allá, al tiempo de morir por su causa, piensa en su tierra lejana, y en el patio de su hogar reverdece una higuera seca. Es el beato Felipe de Jesús (1573-1597). En el Perú otro joven, en cuyas venas corre sangre de España y sangre de Africa reunidas en América, consuela con sus cuidados a los enfermos y con su ternura a los niños expósitos. Es el beato Martín de Porres (1569-1639). Y en el Perú también, una niña criolla en su jardín invita a los pájaros a cantar con ella al son de la vihuela. Entra luego a un convento, a cuidar de su jardín espiritual. Se llama Isabel Flórez y Oliva (1586-1617). Desechando el nombre y el último apellido se quedó en la flor por antonomasia: Rosa, Santa Rosa de Lima. En tanto, en la isla de Cuba, porque los cubanos ya lo son desde la raíz del ser, hacia fines de 1604 aparece flotando sobre las aguas de la bahía de Nipe la Virgen de la Caridad del Cobre. Según cuenta la tradición popular, se apareció a los tres Juanes: Juan Blanco, Juan Indio y Juan Negro, es decir, a Juan el Pueblo Cubano.

Como envés de lo espiritual, lo picaresco. Los que andan "a la flor del berro" ya no son sólo los hombres. Hay, por lo menos, una mujer, y sus aventuras han dado tema a leyendas, comedias, biografías y novelas. Pasó a América como religiosa. Luego se hizo militar. Se llamaba Catalina de Erauso (1592?-1650). Se le conoce mejor por La Monja Alférez.

Son años de riqueza, boato, esplendor. El teatro cobra vuelos de entretenimiento nacional. Aparecen los primeros corrales: el de México en 1597, el de Lima poco tiempo después.

Cerremos con un detalle de insospechadas consecuencias. Perdido el dominio de los mares por la generación anterior, en 1596 los ingleses saquean, en la misma España, al puerto de Cádiz. Y se sienten tan seguros que fundan sus primeras

colonias en Norteamérica: en Virginia en 1607, en Massachusetts en 1620. Los criollos tal vez ni se enteraron de aquellas fundaciones, pero el hecho afectará decisivamente a sus descendientes. La secular animosidad de Inglaterra contra España cruza el Atlántico y se arraiga en este hemisferio. Desde entonces en toda la América española las agujas del peligro, como las de la brújula, apuntan perennemente hacia el Norte.

#### LA GENERACION DE 1624

Toda generación recibe de manos de la anterior el inconcluso tejido de la historia. Y al tejer el tramo que la vida le asigna, excluye unos valores, reinterpreta o agrega otros y los reordena con los que por tradición acepta sin modificar. Las generaciones hasta aquí estudiadas incorporan inusitados materiales, trabajan en condiciones insospechadas, tejen con premura. Modifican considerablemente. Esta y las tres siguientes, forzadas a seguir el rígido patrón que de fuera se les impone, evitan innovaciones, atenúan los matices novedosos, tejen con cautela. Modifican poco. Generalmente se ha pensado, llevados por las apariencias, que el siglo xvii y la primera mitad del xviii constituyen una larga siesta colonial. No hay tal. Lo que les sucede a estas generaciones es que se ven obligadas a hilar muy fino: tan fino que artísticamente la hebra a menudo se rompe. Debemos examinarlas, pues, con gran cuidado para discernir dónde el tejido es de belleza sutil, y dónde la hebra revienta sometida a tensión excesiva.

Las circunstancias en que le tocó vivir a la presente generación son indudablemente negativas. En lo político se respira un vaho de descomposición. Externamente el imperio comienza a ceder territorio a las naciones del Occidente europeo. Los franceses ocupan en 1625 a Cayena, en 1635 a Martinica y Guadalupe. Los ingleses se adueñan en 1635 de las Islas Vírgenes, en 1646 de las Bahamas. Los holandeses, por no ser menos, en 1628 entran audazmente en la

bahía de Matanzas y allí se apoderan de la entera Flota de la Plata. Y el proceso continuará sin interrupción hasta acabar, en 1898, con el desastre que le ha dado nombre a la generación española que lo presencié. Internamente también se acrecienta el malestar. Los conquistadores, como se recordará, habían instaurado un sistema feudal, con una nueva nobleza cuyo poder se asentaba en la posesión de la tierra. Pero la corona, empeñada en someter la nobleza al poder de la monarquía, actúa acá quitando las encomiendas a los descendientes de los conquistadores. Ya vimos las consecuencias de esa medida en México. Puesta en tela de juicio la fidelidad de los americanos, la metrópoli envía desde allá los funcionarios de confianza que han de gobernar estas tierras. Y los criollos se ven, con razón o sin ella, desestimados, excluidos y esquilados en su propio país. Las cualidades diferenciales que al principio tenían sólo un valor cultural adquieren ahora militancia política. Comienza el resquemor que con el andar de los años desembocará en las guerras de independencia.

En lo religioso son tiempos de rígida ortodoxia. No hay para qué entrar en pormenores bien conocidos por las obras de José Toribio Medina, Ricardo Palma, Julio Jiménez Rueda y otros que han estudiado la compleja cuestión. Lo que no debe quedar sin señalarse es que la Iglesia actúa como aliada de la Corona, y sus tribunales conocen y castigan lo mismo las herejías contra el dogma como cualquier amago de subversión contra el poder real.

En el horizonte histórico de esta generación debe destacarse otro factor, de carácter económico, cuya importancia ha pasado generalmente inadvertida. En 1628 España prohíbe que se establezcan empresas manufactureras en las colonias sin previo permiso no sólo del virrey sino del rey mismo (*Recopilación de leyes de los reinos de las Indias* (4 vols.), IV, Madrid, 1774, 26). El resultado lo puede imaginar el lector. Desde temprano fuimos obligados a importar de la metrópoli productos manufacturados y dar en cambio, a precios ínfimos, metales, pieles y productos agrícolas. Como

reacción a ese monopolio surge un activo comercio de contrabando con franceses, ingleses y holandeses. Gran parte de las ganancias adquiridas por comerciantes, contrabandistas y mineros, así como las otras que procedían del espolio de los fondos públicos, se iban al extranjero. A estos dos males — falta de industrias, exportación del capital — cabe agregar que la exigua parte de las ganancias que quedaba en América se invertía, no en fuentes de producción, que la ley vedaba, sino en fincas, casas e hipotecas. Se consolidó así una economía de tipo extractivo y una clase pudiente cada vez más dada a vivir de sus rentas y más propensa a aliarse con los explotadores extranjeros.

La suma de estos factores crea un ambiente de represiones e inhibiciones que influyen decisivamente en lo que escriben los hombres de esta y las próximas generaciones barrocas. Hay en sus obras un silencioso rechazo de la sociedad en que viven. A veces lo que callan es más importante que lo que dicen. Se dedican entonces a un arte superficial y adulatorio, de acrósticos, versos retrógrados, y toda laya de malabarismos insubstanciales. En ellos la forma deviene fórmula. Y en el desgano del juego se les enreda la madeja. A veces surge la aventura desesperada y violenta que da escape a la vibración artística en agrios entremeses o sátiras que llegan hasta lo grosero y lo escatológico. Ahí nervios y hebras reventan a un tiempo. A veces, constreñidos a decir lo que pueden y no lo que quieren, aprenden a expresarse, como si dijéramos, de contrabando. Y escriben novelas disfrazadas de biografías. Y a veces, manteniendo un delicado equilibrio entre la tensión y la ejecución, logran poemas de textura finísima y notable fuerza expresiva. Hay, pues, de todo.

Comencemos por lo que esta generación dio al teatro. Hasta hace poco se hubiera dicho redondamente que no dio nada. Ahora sabemos que dio por lo menos tres autores. El primero que mencionaremos, el santafereño Fernando Fernández de Valenzuela (1616-1677?), era un joven seminarista cuando escribió un entremés titulado *Laurea crítica*. La intención de Valenzuela es francamente satírica. Se mofa

de varios tipos sociales y muy en especial de un aprendiz de crítico literario. Lo que más nos llama la atención es que, viviendo en tiempos cuando ha triunfado el barroco, la empresa precisamente contra dos señalados aspectos de aquel estilo — la riqueza metafórica y los cultismos — y dé con certera puntería en frases e imágenes que luego llegarían a ser lugares comunes. Tenidas en cuenta su edad y su condición de estudiante, lo más probable es que reflejase la opinión de sus maestros, pertenecientes a una generación anterior. Pero es sintomático que existiesen zonas de resistencia a la avasalladora escuela de Góngora. ¿Lecturas de la *Cultilatiniparla* de Quevedo? ¿Añoranzas de las claras aguas renacentistas del otro Garcilaso? Reacción o tradición, lo cierto es que el entremés del juvenil bogotano es el primero en América en lanzar sus leves saetas hacia un tema estrictamente literario.

Blanco perfecto de la sátira de Fernández de Valenzuela pudo haber sido Juan de Cueto y Mena (1604-d. 1669). Era éste un boticario español, natural de Villanueva de los Infantes. Avescindado en Cartagena de Indias, se dedicaba tanto a píldoras y emplastos como a lucrativos negocios hipotecarios con cuyas utilidades adquiría casas y esclavos. Para celebrar la canonización de Santo Tomás de Villanueva se llevan a efecto grandes festejos en Cartagena. Y don Juan de Cueto y Mena, paisano del santo, se siente obligado a contribuir, no con dinero, desde luego — la oligarquía de comerciantes, usureros y esclavistas no es inclinada a dar dinero para el bien público — pero sí con dos engoladas obras teatrales. Como las palabras no le cuestan nada, las regala con una generosidad abrumadora. A una de las piezas la titula *La competencia en los nobles y discordia concordada*, y a la otra, *Paráfrasis en forma de coloquio de la milagrosa vida y muerte del ilustrísimo señor Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia*. Ambas contienen una liberal dosis de personajes alegóricos y están escritas en un estilo hinchado y turbio, lleno de equívocos, hipérboles, retruécanos y cultismos tan violentos que acaban por provocar

la risa. Por otra parte, las obras demuestran asiduas lecturas de Góngora, Calderón y quizá Quevedo. Pero Cueto no los entiende bien. Y así, al ir a escribir, pensando a la vez en poesía y en emplastos, irremisiblemente tuvo que enredársele la madeja.

El tercero, el jesuita mexicano Matías de Bocanegra (1612-1668), es sin duda quien logra los más sazonados frutos. Fernández de Valenzuela es el joven religioso que desde el seminario mira las cosas del mundo. Cueto y Mena es el hombre de mundo que desde su botica contempla la vida religiosa. Bocanegra es el sacerdote que al meditar sobre nuestro común destino aborda los temas de la fugacidad de la vida, la cercanía de la muerte y la dignidad del hombre. El sabio sacerdote resulta además un buen poeta: uno de los pocos que se salvaron de la cerrada incomprensión de la crítica hoy superada. Su pieza, a la que titula *Comedia de San Francisco de Borja*, tiene por asunto, igual que la de Cueto, la vida de un santo. Bocanegra, empero, se eleva a niveles literarios y filosóficos vedados al versátil boticario. El soliloquio del protagonista en la escena final del primer acto no desmerece al ser comparado con el de Segismundo en *La vida es sueño*. Y son tales la carga emocional y la delicada ejecución de las décimas que lo componen que superan, como poesía meditativa, a las estrofas de su propia *Canción a la vista de un desengaño* — uno de los poemas más imitados y elogiados de la época colonial. Al equilibrarse aquí la tensión espiritual y la expresión literaria se produjo en esa escena una pequeña obra maestra.

Triunfo de esas fuerzas en equilibrio es también la poesía del neogranadino Hernando Domínguez Camargo (1606-1659). Influído por las mismas corrientes generacionales que afectan a Bocanegra, escoge por asunto de su máximo poema otra vida de santo y lo titula, con igual sencillez, *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*. Su reputación literaria ha sufrido vicisitudes notables en tres siglos de crítica. Lo cual, si algo prueba, es que cada generación se sitúa ante una obra artística con una visión y una tabla

de valores que le son propias. Y que en el girar de la rueda de la fortuna, a veces una generación vuelve a situarse en el mismo punto de donde otra partió. En otro plano temporal, con el bagaje de otras experiencias, pero en el mismo punto. Así, la obra de Domínguez Camargo comenzó mereciendo altos elogios de sus contemporáneos. La admiración disminuyó hacia fines del siglo XVIII. Algunas generaciones más tarde, en el nadir de la incompreensión, Menéndez y Pelayo declaró que "su *Poema heroico de San Ignacio de Loyola* es sin duda uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones". La generación de 1924 — la que celebró el centenario de Góngora en 1927 — completa el círculo redescubriendo sus finos quilates. Restituída su fama, ésta ha culminado en la excelente edición crítica de su obra que el Instituto Caro y Cuervo ha publicado recientemente. A ella remito al lector. Se solazará al seguir, en uno de los notables estudios preliminares, la trayectoria de aquellas vicisitudes. Se deleitará saboreando, en el cuidado texto, la riqueza metafórica, la brillantez y la fuerza, el color y la melodía de muchas de las estrofas de quien tan íntima y vitalmente se había compenetrado con el arte del poeta cordobés. Y quizá se sorprenda — aunque a estas alturas no debiera — del vigoroso criollismo que penetra hasta en un tema hagiográfico como éste. Notará alusiones a "mi clima", "mi cuna", "mi patrio Magdaleno", "mi América". Y numerosos versos que se enriquecen con las impresiones recibidas por este apasionado contemplador de nuestro paisaje. E igual sucede en sus poemas menores. Lo mismo cuando se trata de un soneto festivo, como el que dedica al poblado de Guatavita — temprano anticipo del de su compatriota Luis Carlos López *A mi ciudad nativa* —, como cuando se trata de un estupendo romance descriptivo, como el titulado *A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo*. La pupila de este santafereño es, pues, lúcida, poética y, desde luego, criolla. Que se dejase llevar por la corriente de un determinado estilo es ya cuestión de la generación en que le tocó figurar.

A esta generación perteneció también el guayaquileño Jacinto de Evia (1620- ?). En su *Ramillete de varias flores poéticas* incluyó composiciones de Domínguez Cargado y otros autores contemporáneos junto con algunas de su propia cosecha. Como poeta se desempeñó con soltura al incidir en las tendencias arriba observadas. Dentro de esas tendencias tuvo por modelo a Calderón y no a Góngora. Más importante que seguir uno u otro modelo fue que demostrara poseer plena conciencia del quehacer poético de su generación. Y de ahí que resultase el antólogo de ella.

Consignadas las principales corrientes en la dramática y en la lírica, comentemos sucintamente lo que ocurre a la prosa. De nuevo nos encontramos con obras que pasan por historia aunque en el fondo no lo son. Lo que nos importa señalar, pues, son las acomodaciones que sufren para servir de idóneo vehículo expresivo a los anhelos y preocupaciones de sus autores. Sírvanos de primer ejemplo la *Histórica relación del reino de Chile*, del jesuita Alonso de Ovalle (1601-1651). Ovalle va a Europa, a procurar religiosos que asistan en la tarea evangelizadora de su orden en Chile. Pero se topa con el desconocimiento de nuestras tierras que encontramos, aún hoy, los criollos que viajamos por el extranjero. Siente el imperioso deseo de dar "a conocer lo que tan digno era de saberse". Y el libro que escribe resulta, pese al título, un sentido elogio de la patria. Por eso descuella en atractivas descripciones del paisaje.

No es que Ovalle instale el paisaje en las letras americanas. La generación de Colón, por ejemplo, ya lo había contemplado con sorprendidas pupilas, dejándonos una visión a la vez poética y confusa de su extraña belleza. Lo novedoso en Ovalle es que inventa una paleta donde el principal pigmento tiene color de nostalgia, que pinta un paisaje interno, sentido en entraña americana, mirado con los ojos del recuerdo, teñido de añoranzas. Anticipa así matices de nuestra literatura de exilio: la de sus propios hermanos de religión, expulsados más de un siglo después, o la de los románticos desplazados por las convulsiones de la Independencia.

dencia. Ovalle describe campos irisados de flores por la primavera austral, pasos andinos en que “vamos por aquellos montes pisando nubes”, o la cordillera cuando, después de un aguacero, “rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aún a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar”<sup>20</sup>. Paisajes, pues, perfilados con el mismo pincel evocador con que Heredia recorta sus palmas luminosas sobre el verde oscuro de los pinares del Niágara.

No menos sorprendentes son las acomodaciones que realiza Francisco Núñez de Pineda y Bascañán (1607-1682) en el libro que titula *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del reino de Chile*. Este criollo, hijo de un jefe militar español, en su juventud participó en las luchas con los araucanos y estuvo prisionero entre ellos varios meses. Más de cuarenta años después se dio a escribir la crónica vivaz de sus aventuras en el cautiverio. Y lo que nos importa destacar es, en primer lugar, el elemento imaginativo, novelesco, que agrega. Como autor ordena y gradúa los sucesos para mantener un constante interés. Nos hace partícipes de sus peligros y tribulaciones. Nos confía el amoroso asedio a que le somete más de una joven araucana. Recurre al diálogo animado y revelador. Adoba el relato con descripciones de la naturaleza y cuadros de costumbres indígenas. Y cierra el bien trazado plan volviendo dramáticamente a los brazos de su padre.

Tiene la obra, además, algo de lo contemplativo y lírico. En medio del acoso de las núbiles indias, el joven cautivo se escuda en meditaciones religiosas y mantiene intacta su casta devoción a la Virgen. Y en loor a ella compone poemas que intercala en el relato, tal como solía hacerse en las novelas pastoriles a lo divino. Esto nos lleva a preguntarnos, aquella decantada castidad ¿fue invención para someterse

---

<sup>20</sup> ALONSO DE OVALLE, *Histórica relación del reino de Chile* (2 vols.), vol. I, Santiago de Chile, 1888, pág. 25.

a los dictados de una corriente novelística? ¿O fue ingenuo deseo de idealizar arrestos juveniles en el ocaso de una vejez sermoneadora? ¿O hubo, tal vez, algo de cierto en ella? De todos modos, no hay duda de que el autor tuvo ojos para admirar y arte para describir la belleza femenina. Dice, al ver dirigirse hacia él a una muchacha que con otras amigas se bañaba en un estero:

Contemplemos un rato la tentación tan fuerte que en semejante lance el espíritu maligno me puso por delante: a una mujer desnuda, blanca y limpia, con unos ojos negros y espaciosos, las pestañas largas, cejas en arco que del Cupido dios tiraban flechas, el cabello tan largo y tan tupido que le pudo servir de cobertera, tendido por delante hasta las piernas, y otras particulares circunstancias que fueron suficientes por entonces a arrastrarme los sentidos y el espíritu <sup>21</sup>.

Pasemos de la ambigua actitud de Bascuñán hacia la mujer a su meridiana posición ante el problema, de interés generacional, que anticipa en la segunda parte del título. En esto se explica sin ambages: “Entre las causas principales que habemos insinuado, para que nuestra patria, Chile, tantos menoscabos reconozca y a menos vayan siempre sus aumentos, es una de ellas sin duda el que a gobernarle vengan forasteros, que son los que procuran y solicitan sus mayores utilidades desnudando a otros para vestirse a sí y a sus pania- guados”. Y a continuación afirma que la solución estriba en que, “mudando rumbo”, pase a gobernar a “su patria algún natural experimentado, hijo de ella” <sup>22</sup>. Como es sabido, por ese rumbo marcharon luego, dándole la razón, los patriotas de la generación de 1804.

Quedaría incompleto el bosquejo de la prosa que escribe esta generación si no se mencionase a Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659). Palafox no es americano. Su caso es precisamente el de Alarcón a la inversa. Vino a México a los 39 años y allí ejerció funciones de arzobispo y de virrey. Su prosa imaginativa, por tanto, no tiene por qué figurar

<sup>21</sup> FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas del reino de Chile*, Santiago, 1863, pág. 296.

<sup>22</sup> *Ibid.*, págs. 421 y 422.

en una historia de las letras americanas. Lo que sí nos interesa, para completar el horizonte de esta generación, son las observaciones que nos dejó como estadista preocupado por las cosas de América. Esas observaciones se hallan en los dictámenes e informes que escribe en un estilo firme, neto, preciso. Y sobre todo en el tratado que tituló *De la naturaleza del indio*. Ese pequeño folleto constituye un perspicaz sondeo de ciertos rasgos psicológicos extensivos a todo el pueblo mexicano. Sus anécdotas, por ejemplo, explican mejor el humorismo y otras características de Alarcón que los tomos de dislates que se han escrito sobre el dramaturgo mexicano. Y abunda además en atisbos como los dos siguientes. Refiriéndose a los virreinos de Nueva España y el Perú, dice: "Estas dos partes del mundo, septentrional y meridional, que componen la América, parece que las crió Dios [...] como dos hermanos gemelos que nacieran de un vientre y en un mismo tiempo y hora, y así aún en la naturaleza conservan el parecerse entre sí en innumerables cosas, como hermanos"<sup>23</sup>. Y este otro: "Si se acabasen los indios, se acabarían del todo las Indias, porque ellos son los que las conservan a ellas, y, como abejas solícitas, labran el panal de miel para que otros se lo coman"<sup>24</sup>.

Llegados a este punto, cerremos también con una observación. Quedó dicho que en el rodar del tiempo hay generaciones que ocupan posiciones semejantes a otras que les precedieron. Es patente, de lo que aquí se ha visto, que ésta de 1624 se situó ante las letras, ante el hombre y el paisaje, y ante los problemas políticos y económicos, en actitud similar a la de 1804 y la de 1954. Visto así el pasado, pudiera servir para iluminarnos el presente. En ello tal vez nos vaya nuestro destino de hombres libres.

(Continuará).

JOSÉ JUAN ARROM.

Yale University.

<sup>23</sup> JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, *Ideas políticas*, México, 1946, pág. 59.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 90.